

La ciudad y la tarde
Raúl Olvera Mijares

RELATOS

[canto rodado]

- © Raúl Olvera Mijares
- © Gobierno del Estado de Coahuila de Zaragoza
- © Secretaría de Cultura de Coahuila
Juárez 319, Zona Centro
C.P. 25000. Saltillo, Coahuila de Zaragoza
Correo electrónico: premiosliterarios.sec@gmail.com

Edición: Alejandro Beltrán

ISBN: Colección: En trámite

ISBN: En trámite

Impreso y hecho en México
Saltillo, Coahuila de Zaragoza, 2019

a

Francisca Delia
eterna compañera

Due modi ci sono per non soffrirne. Il primo riesce facile a molti: accettare l'inferno e diventare parte fino al punto di non vederlo più. Il secondo è rischioso ed esige attenzione e apprendimento continui: cercare e saper riconoscere chi e cosa, in mezzo all'inferno, non è inferno, e farlo durare, e dargli spazio.

ITALO CALVINO

Existen dos maneras para no sufrir por esta causa. La primera resulta fácil a la mayoría: aceptar el infierno y volverse parte de él hasta el grado de no verlo más. La segunda es arriesgada y requiere precaución y aprendizaje continuos: procurar y saber reconocer quién o qué cosa, en mitad del infierno, no es infierno y hacerlo que dure y darle aire. [En traducción libre y propia]

Los dos últimos versos: “a las tres de la mañana, madre, me muero”, tenían un significado atroz. La gente se moría precisamente entre las dos y las tres; al mismo tiempo tornaba hacia su origen, hacia la materia humana de que había surgido, hacia la madre. “Madre mía” era una expresión de agonizante. Y es que el hombre necesita de apoyo sobre la tierra, necesita una referencia, necesita llamar a esa matriz de dulzura de donde brotó entre sangres y angustias, como se llama ante una puerta pidiendo descanso y soledad.

JOSÉ REVUELTAS

Liminar

Resulta difícil hablar sobre la génesis de un libro. Más que proponerme una visión antológica, o acaso retrospectiva, se me vino a las mentes reunir relatos compuestos a lo largo de toda mi carrera, más que cuentos modernos propiamente dichos que también puede haberlos, aunque en menor número (en el sentido de historias con una estructura aparente y otra velada, donde la última acaba imponiéndose sobre la primera en una suerte de revelación). Desde el volumen *La otra orilla* (1994-2004) que contiene los primeros textos acometidos en la universidad donde, por pura afición, asistía con asiduidad a las clases de letras hispánicas, en mi caso considerada como un área de especialización optativa, hasta los últimos intentos recogidos en un libro que se titula *La hora* (2008-2012), que combina el relato de ficción, la crónica autobiográfica, la reseña fílmica, el ensayo sobre libros y autores, pasando por *Los mensajeros* (2005-2015), compilación de relatos y crónicas, que exploran, rebasan y ultrapasan zonas aledañas. Acaso el oficio periodístico o bien las habilidades como narrador de largo aliento, me refiero a mis hasta ahora no aparecidas tentativas en la novela larga, han servido para producir la ilusión de mayor fluidez y desparpajo. Paso tal vez por los acontecimientos cruciales y los posibles nudos dramáticos con demasiada celeridad, con cierto carácter superficial, provocando en ocasiones la hibridación o entrecruzamiento de géneros, por ejemplo, que un relato se combine

con una crónica de viajes. La vida ofrece este aspecto caótico, vertiginoso y variopinto hoy.

En realidad, creo que cualquier propuesta narrativa, al menos en español actual, ha de constituir, por necesidad, unas medias tintas entre la crónica y el relato, el ensayo y el reportaje, lo novelesco y lo testimonial. Se trata de las cosas que presenciamos en la realidad, traspuestas a otra suerte de realidad, en ocasiones más diáfana, que se antoja incluso más tangible, la cual tiene que ver más con un mundo interior, onírico y surcado de obsesiones o paradigmas en la escritura. Soy consciente del riesgo que implica proponer al lector, no una visión unitaria, sino varias visiones, correspondientes a esos distintos individuos que he ido siendo a lo largo de mi ya larga vida y desigual carrera en las letras. Al propio tiempo, siento que hay en ello una buena dosis de sinceridad y anhelo de provocar un sentimiento auténtico. Por descontado que, cada quien puede empezar la lectura donde le plazca, dejándose guiar por los títulos, quedarse con lo que le va y dejar lo que no le viene. Comenzar de atrás hacia adelante, *ad libitum*. Se trata del primer libro de ficción o creación propiamente dicha, de mi autoría, en visitar las prensas. Espero obtener nuevos lectores o conservar, al menos, a quienes me siguen en las revistas como articulista, entrevistador y autor de ensayos. Mis primeros textos de narrativa vieron la luz en las páginas de la revista *La Tempestad*, allá por el 2005, los últimos en la publicación electrónica *Levadura*, a partir de los primeros meses del 2018; a caballo, otros apenas asomaron la cabeza por las furtivas páginas de *La Jornada Semanal*, *Replicante*, *Letras Explícitas y Separata*.

Respecto del uso del lenguaje, habría mucho que decir. Resulta fácil distinguir entre los textos más coloquiales y los más literarios,

entre los menos fluidos y artificiosos y los más ágiles y veloces, entre las primeras tentativas y acaso los relatos más sutiles o maliciosos. De hecho, me he propuesto varias cosas en el estilo, por supuesto, ninguna de ellas la he conseguido por entero. Nadie, a mi juicio, domina el idioma; yo menos que nadie. Es verdad que la oralidad es un tema que, en la narrativa, me ha ocupado de manera obsesiva desde hace algún tiempo, en tanto que ensayista. Confieso que más que de Juan Rulfo o Carlo Emilio Gadda, soy un rendido admirador de Louis-Ferdinand Céline, vituperado justa o injustamente por sus ideas panfletarias y propagandistas, ese gran escritor de Francia sólo comparable a Proust, Flaubert, Stendhal o Balzac, quien fue un explorador del idioma familiar hablado, de su extraña y exquisita música, de sus ritmos y retruécanos, de sus dobles sentidos, de sus evocaciones cuasi inefables. Guimarães Rosa es también una referencia constante y de cabecera. Entre nosotros, en el noreste de México, el sensiblemente desaparecido Daniel Sada, alguna vez preceptor y amigo, era exponente de esta difícil tendencia la cual, para pesar mío, siento fuera de mis alcances.

En la práctica personal, he descubierto que el diálogo resulta artificioso y mientras más estereotipado, como en el caso del teatro, hasta descender a los tics de los personajes e incluso los modismos, todavía peor. La narrativa también es una especie de canto al igual que la poesía, en todo caso, un continuo que no admite cesuras simples ni mecánicas. La voz del personaje, dentro de la diégesis o exposición, tiene que sentirse a través de una transfiguración anímica entre esa entidad abstracta, casi inasible, que busca de manera afanosa concretizarse, y la pluma del autor que le sirve como vehículo de expresión. Empeñarse en hallar la voz, el tono, la cadencia de un personaje es todo. Más que tramas, situaciones,

nudos dramáticos, la voz que narra, desde dónde narra y por qué narra constituye un dato esencial. Convengo que es más fácil declarar todas estas monsergas, a guisa de principios, que ponerlas en práctica. Acabo de completar la lectura de los cuentos completos de José Revueltas, siendo un gran escritor, dueño de un estilo propio e inimitable, sólo un relato de *Dormir en tierra* logró conmoverme de verdad, provocar en mí esa *kátharsis* o purificación del alma de la que hablaba Aristóteles. ¿Qué podría decir de mis propias tentativas? Nada en absoluto. Toca al lector separar la cizaña de la hierba buena.

La ciudad y la tarde, el título que decidí darle a este conjunto de textos narrativos, además de la obvia alusión a una pieza breve homónima, concebida originalmente como una simiente de guion cinematográfico (la música culta y el cine son mis pasiones más acendradas e intensas en las artes, acaso por encima o al parejo de las letras), el título del libro obedece a una asociación recurrente en mi experiencia personal: haber vivido en ciudades medianas, grandes y pequeñas y el disfrutar de la tarde, más en concreto, la caída de la tarde, el anochecer. En las lenguas ibéricas, quizá por el clima más o menos benigno que tiende a prevalecer, la tarde designa ese intervalo de la jornada entre el mediodía y la ausencia de la luz del sol. La tarde madura es noche temprana en castellano, en el resto de las lenguas europeas, la tarde puede abarcar parte de la oscuridad, casi hasta la medianoche. Supongo que oscilar entre tarde y víspera, en español antiguo y volviendo la mirada al latín, produjo una fijación no sólo en un vocablo con detrimento del otro, especializado en un sentido distinto (la víspera es la parte de la jornada o las horas que anteceden de manera inmediata al día siguiente). Madrugada, término relacionado de manera etimológica

con mañana, designa un período sin luz, poco después de medianoche hasta el alba o alborada, la aurora, el despuntar del día. Luz y sombra.

Ciudad y tarde-noche, los ejes temáticos con los que parecen estar en relación casi todos los textos que propone este volumen. La noche incluso con sus evocaciones de misterio y carga amorosa. La noche como el misterio engendrador. La noche y la imaginación, más bien, la fantasía. Cuántas noches me las he pasado prácticamente en blanco, velando hasta altas horas, atareado con la lectura de un libro, la corrección de un texto propio o simplemente recreando lo vivido durante el día, estructurándolo en un modo diverso mediante la fantasía, procurando poner de relieve esas líneas ocultas que comunican todo con todo. Soy un animal nocturno y ciudadano. Amo la idea de vivir en el campo, aunque rara vez lo haya hecho. Civilización viene de *civitas*, ciudad (*cives* es ciudadano), también civilidad. Hay cosas en las ciudades de las cuales resulta difícil desprenderse. Por supuesto, también hay grandes taras e inconvenientes. Mi ideal continúa siendo retirarme al campo, según aquello de “¡Qué descansada vida / la del que huye del mundanal ruido, / y sigue la escondida / senda por donde han ido / los pocos sabios que en el mundo han sido!” Fray Luis de León, Rousseau, Teócrito, Virgilio, Propertio, Tibulo u Horacio, egregios cantores del campo y de la existencia pastoril y bucólica. La urbe moderna se nos presenta envuelta en la ilusión de ser la gran proveedora. El sujeto ciudadano no concibe la vida fuera de la ciudad. Dentro de la ciudad y, en particular, en las noches he encontrado un espacio para crear o recrear, sería más exacto decir. Ninguna creación es *ex nihilo*, de la nada, se parte de elementos preexistentes para someterlos a un acomodo distinto que exprese un atisbo, un sesgo,

un modo particular y, por necesidad, parcial de ver. El narrador es una suerte de espía que rinde informes detallados a los lectores. Jamás fidedignos o auténticos sino que provocan la ilusión de verdad o verosimilitud y, de ahí, el carácter creíble de la historia.

Ecos de grandes autores es fácil advertir en estos textos. Edgar Allan Poe es una referencia obligada, en “Recuerdo latente”, que antes se llamó “El visitante”; Roderick es un personaje de “La caída de la casa Usher”. “Agradecida mascota” es una recreación que oscila entre “Lighea” de Giuseppe Tomasi di Lampedusa, que a su vez recuerda por el título y el extraño personaje femenino la “Ligeia” de Poe, y un filme sueco de misterio/horror, *Låt den rätte komma in* (Tomas Alfredson, 2008) que conocería, ha poco, un mediocre *remake* hollywoodense. La exploración del deseo se hace presente y el culto a la obra de Juan García Ponce. En primer lugar, “En las manos de Dominika”, que alguna vez se llamó “Suzuki sale a Cheb”, texto que se adentra por los velados terrenos de la sexualidad infantil, un dominio que no ha tenido empacho en explorar, entre nosotros, la intrépida Ana Clavel. “Me dicen Lola”, “Deber filial”, “Emasculación imaginada” y “Parásito hermano” representan otras tantas tentativas de desbrozar un campo vastísimo, el de las consideradas perversiones o sexualidades alternativas. “Perdida en la inmensidad” es casi una elegía, la evocación del recuerdo de alguien amado y perdido. “Práctica preparatoria” y “La ciudad y la tarde” son relatos de crímenes. Mis pinitos en el género negro. Si más cerca o más lejos de Guy de Maupassant, el lector tiene la última palabra. Las alusiones históricas, a caballo entre la filosofía y la teología, se asoman en “El niño en la arena”. “Leve como el viento” y “El pobrecito de Asís” pretenden rendir un tácito y modesto reconocimiento a Augusto Monterroso. Relatos un tanto

gratuitos y caprichosos, donde lo fantástico amenaza con invadir e incluso avasallar lo cotidiano. “El viaje” y “Deber filial” son intentos por adentrarse en el esquivo universo del noreste. Tan entrañable y tan reacio a un tiempo, imposible de trasponer en la realidad de mis ficciones. La oralidad es un desafío permanente. La crónica de viajes deja sentirse en “Mi amor por Portugal” y “La última sesión”. Ciertas lecturas de Antonio Tabucchi, Winfried Georg Maximilian Sebald y, desde luego, Thomas Bernhard se abren camino en mis someras tentativas. La crónica íntima o autobiográfica, a la vez que la veta reflexiva, aflora en “Todo es ya pretérito”, otro texto erótico, y en “La mujer en el parque”. El relato que cierra el libro, “Misterio de la luz”, despega de un poema en friulano de Pier Paolo Pasolini, curioso híbrido entre la glosa poética, la cotidianidad familiar ácida, la contemplación del paisaje urbano y el deseo desatado durante una noche de juerga. Insisto, en la hibridación de géneros se muestra la vena que, en mi caso personal, más promesas parece ofrecer.

La idea fue reunir textos narrativos de cierta extensión, digamos media, pues se hallan otros de mi restringida autoría que caen en el género de las brevedades, por una parte, o abiertamente del relato moderno extenso y la noveleta, por otra; eso sin mencionar las novelas largas o bien los libros de crónicas íntimas o de periodismo cultural. Por distintas razones, todas subjetivas, supongo, casi todos estos textos me resultan entrañables y, por tanto, relevantes. Logro reconocermé, evocar sensaciones, situarme en una circunstancia determinada, laberintos de la imaginación, mapas que prometen ordenarla o trastrocarla. Más allá de los tecnicismos y las taxonomías, con los que suele operar el estudio de la literatura, los textos relatan historias, más o menos afines, más o menos directas

o fáciles de desentrañar o, por el contrario, que sugieren múltiples sentidos, un misterio, ese algo insondable. Ignoro qué tipo de lector hayan de arrostrar estos intentos. Espero que cada cual halle algo, para alabar o bien para vituperar. Eso es lo de menos, no importa de hecho. En última instancia, el arte se lleva a cabo para suscitar fenómenos de amor u odio (Max Scheler), reacciones fuertes y emotivas; cualquiera de las caras de la moneda, es prueba de que el fin se ha alcanzado. La indiferencia es la reacción más esperable, con todo. A fin de cuentas, ¿por qué habrían de decirle algo los textos que escribió otro de quien, con trabajos, se conoce el nombre, el quehacer, las devociones o filias? Sería absurdo, al menos que, en ciertos planos, se tocasen temas o sentimientos paralelos. El propósito de todo empeño narrativo, para concluir, es la comunicación, en el sentido de hallar un interlocutor, alguien con quien establecer un diálogo fluido y sávido.

San Esteban de la Nueva Tlaxcala, 16 de enero de 2019

De *La otra orilla*

— CUENTOS (1994-2004) —

Leve como el viento

A aquella hora no toparse con nadie no le causó mayor asombro. Mejor, pensó. Encontrarse a un extraño dando pasos furtivos en la calle significaba motivos de preocupación. Era tan tarde. La gente bien reposaba en sus camas. Sólo los facinerosos andaban sueltos; por supuesto, con honrosas excepciones como la de él, Benito, empleado ejemplar, hijo soltero que ayudaba a su madre y novio eterno de Rosita, la muchacha que llevaba esperándolo 15 años.

La fiesta con los compañeros se había prolongado un poco más. Y como nadie se iba, Benito vio el reloj. Era casi de madrugada. No queriendo aguar la celebración, escapó con todo sigilo del apartamento, descendió las escaleras del heráldico edificio convertido en vecindad y se encontró en pleno centro histórico. Hacía años que no vagaba por ahí. La raquílica luz de las farolas corría hacia abajo, a través de las paredes de cantera, rebotaba en el gastado pavimento de las calles y se escapaba hacia el cielo, produciendo una atmósfera íntima, casi mística, que invitaba sin remedio a la contemplación.

Benito observaba, se deleitaba y seguía caminando. Nunca paró, aun cuando sintiera todos los efectos del alcohol que se había bebido, un remedo de vodka de pésima calidad. “No me hubiera tomado otra”. Era tarde para lamentaciones. La línea en zigzag que describía la trayectoria era el único indicador de su estado. ¡Qué bueno que tampoco hubiera policías por ahí! En una gran ciudad,

esos eran los dos bandos de los que había que cuidarse: la ley y los malos. En un determinado momento creyó tener conciencia de adónde se dirigía y dónde estaba. Luego las iglesias, las plazuelas, con todo y sus fuentes y estatuas, se le confundieron. No estaba caminando en círculos pero el paisaje urbano era siempre el mismo. No acababa de llegar nunca a la parte nueva de la ciudad. ¿Qué pasaba?

Entonces anheló descubrir un rostro humano, alguien a quien pedirle un norte. Nadie. Buscó dinero en sus bolsillos, localizó un aparato público, introdujo la moneda –no sin admirar un brillo peculiar–, oyó el clic y comenzó a marcar. Los dedos se le iban solos. Cuántas veces habían recorrido la misma trayectoria de desplazamientos hacia la derecha y hacia la izquierda.

El teléfono sonó y sonó. Nada. Seguro su madre estaba en el quinto sueño. Para qué querría hablarle. ¿Qué iba a decir? Mejor colgó. Lo que necesitaba no era la voz reconfortante de mamá sino un mapa, uno de esos insulsos planos de la ciudad, con todo y sus dibujitos mal hechos, pero con los nombres bien claros de las calles. Tenía que saber dónde se encontraba y cómo salir de ahí. No había tiempo que perder. Mañana debía ir al trabajo, levantarse temprano como todos los días. Si quería pegar ojo esa noche debía hallar su casa ya.

Quizá si volvía a la fiesta. Si se encontraba aún en el centro, la casa no podía estar lejos. Comenzó a caminar aliviado. El aire fino de la madrugada lo reanimó. Anduvo y anduvo. No vio gente ni encontró de nuevo el domicilio de su amigo. Era necesario admitirlo: se había extraviado; estaba borracho; no había nadie.

Una banca en un parque, donde pudiera pasar la noche; ahí estaba su salvación. En su caminata había pasado varias plazuelas

con bancas. Se acordaba perfectamente, pues había buscado vagabundos, de esos que duermen entre cartones. Nadie. La ciudad, en su silencio, comenzaba a volverlo loco. Buscó con afán. Los parques se le escondían. ¿Qué estaba pasando en realidad? No entendía. La cabeza le daba vueltas. Si había caminado tanto, ¿por qué no estaba exhausto? Al contrario, sentía los pies ligeros. Daba pasos como sobre algodones. Intentó hacer algo: dar un salto.

Cobró vuelo o, más bien, fue un impulso interior que más tenía que ver con la concentración que con la fuerza; se elevó con una sensación de vahído al principio que luego acabó cediendo. Era leve como una hoja mecida por el viento. Contemplaba la ciudad desde las alturas. Las estrellas estaban tan cerca, a pesar de que ya comenzaba la claridad. De lejos, como con sordina, percibió el canto de los pajarillos. De seguro aquello era el paraíso. Él había muerto y, poco a poco, su cuerpo o, más bien su espíritu, iba ascendiendo hacia lo alto. Ahora contemplaba el dibujo confuso de la ciudad. Era hermoso. Los cinturones de miseria y lo desproporcionado de la planeación se habían borrado. Era tan sólo una bienaventuranza tibia que le producía mareos. Pensó en Rosita y en su mamá. Las pobres mujeres se quedaban solas, sumidas en el desamparo.

Pero él se iba feliz, dicho sea con verdad. “La humildad es la verdad”, recordó aquella frase de santa Teresa, aunque no viniera a cuento. Ya lo tenían hartos, no las soportaba más. No lo dejaban hacer nada, ir a donde deseaba, tocar lo que quisiera. Ahora sí iban a entender, de una vez por todas, lo que el pobre asno valía. ¡Que con su pan se lo comieran! No dejaba ni para el entierro. A ver qué cosa vendían. Ellas mismas no podían venderse. ¿Quién iba a comprarlas? A Rosa, con esa cara macilenta y esas tetas secas, y a

su anciana madre, que se había tullido a fuerza de no soltar el rosario todas las tardes.

Había obrado bien y, por eso, iba en ascenso. Muy pronto se reuniría con el Señor. Él lo acogería en su seno y le diría: “Tú eres mi hijo bienamado en quien tengo puestas todas mis complacencias”. Ensoberbecido ya ante las puertas de la gloria, Benito –bendecido– movió mal una pierna y se precipitó en el vacío. Su caída duró fracciones de segundo, un tiempo que a él le pareció interminable donde vio desfilar la propia vida en toda su iniquidad. Estaba arrepentido. Ni su madre ni su prometida se merecían una suerte semejante. Después de edades, eones de tiempo inabarcables, llegó al suelo. Colillas de cigarro tapizaban la alfombra. Alguno de sus compañeros había tenido la bondad de echarle una frazada. Tampoco eran tan malos. Los pájaros gorjeaban. Era el nuevo día. Esa mañana saldría a su trabajo de una casa ajena porque se había quedado dormido en el apartamento de sus compañeros. Más tarde tendría que confesarles, a su mamá y a Rosita, los pormenores de la escapada. O mejor todavía, sufrir, en silencio, las consecuencias.

Recuerdo latente

Había transcurrido largo tiempo desde que vi a Horacio por última vez. Estaban lejos los días en que jugábamos juntos como dos hermanos pequeños. No obstante, el brillo de sus ojos era el mismo de aquel chico rubicundo, hijo de inmigrantes.

Siguiendo la costumbre, aquella tarde me disponía a ir a la biblioteca. Había estado trabajando sobre un manuscrito medieval muy raro, aunque me hallaba lejos de su desciframiento. Cuando tomaba el abrigo, se oyeron dos golpes cortos en la puerta, jalé de ella; era él.

Podría pensarse que al punto recibí una gran sorpresa. Su llegada, sin saber por qué, la había presentido desde meses atrás. No sé qué me causaba más asombro, si la expresión tan familiar de su rostro o los primeros signos de aquella enfermedad que acabaría poseyéndolo por el resto de sus días.

—Julio, soy yo, vine directamente de Bamberg para encontrarme contigo.

Lo hice pasar al recibidor. Su voz se había vuelto opaca, casi imperceptible. Se trataba de un timbre que sólo había oído en sus padres. Nadie hubiera dicho, conversando con él por teléfono, que no era de la ciudad; aunque igualmente no habría dejado de notar cierta peculiaridad, semejante a la que presentan quienes sufren de alguna afección al pulmón.

—¿Ya has tomado hotel?

–Aún no. Lo primero que hice fue venirme para acá.

–Te quedarás aquí.

–Pero no quiero llegar a trastornar el orden de tu vida.

–Vamos, tú bien sabes que mi casa está a tu disposición. Nada más que ahora tengo un asunto que despachar. Así que vas a tener que quedarte solo por algunas horas.

El aparato telefónico dio un timbrazo. Por una afortunada coincidencia, la biblioteca permanecería cerrada. Dispondría del resto del día para dedicárselo a mi amigo. Más tarde saldríamos, le propondría que fuéramos al parque donde habíamos pasado tantas horas felices de niños.

Hacía mucho que no iba por aquel sitio. Los jardines impecables de otro tiempo se encontraban ahora en un total abandono. El césped lo constituía una capa multicolor de papeles. Corrillos de muchachos aquí y allí irrumpían en risotadas obscenas. En las bancas parejas descuidadas se entregaban a ciertas caricias como si aquel lugar estuviera desierto.

Me sentía algo apesadumbrado por haber llevado a mi amigo. Intenté explicarle que hacía por lo menos 10 años que no había puesto pie en aquel lugar. Él, no obstante, permanecía inmutable; todo aquello parecía no tocarlo. Cuando lo miré a los ojos me percaté con claridad de que su mente estaba en otra parte.

A los pocos instantes, abandonando su ensimismamiento, comenzó a lamentarse también del estado de cosas y a hacer enseguida recuerdos de la niñez. Estaba un poco aturdido, sus palabras se me confundían con aquella inmundicia que de pronto me robaba lo mejor de la infancia.

–Tú estabas justo allí y, cuando viste que aquellos dos trataban de arrebatar me el triciclo, acudiste en mi defensa.

Horacio no parecía mostrar mayor atención a mi malestar. Con el rostro embobado vivía en otros días. No recordaba haberlo visto así antes.

A la mañana siguiente se levantó tarde. Pude ir y regresar de la biblioteca sin que despertase. Su complexión débil le demandaba, en apariencia, largas horas de sueño. A decir verdad, pasaba gran parte del día durmiendo. Cuando bajó, ya estaba dispuesto el almuerzo.

En la tarde no pareció mostrar mayor entusiasmo de salir; así que tampoco pude escaparme a la biblioteca. El visitante me llenaba de curiosidad con sus ropas finas aunque ludidas y, sobre todo, con aquella especie de senilidad prematura.

Tenía ante mí aquel ser, tan apreciado en la infancia, primogénito de una familia de antiguo linaje. Y aunque la claridad de sus ojos, las anécdotas y la manera de pronunciar ciertas vocales eran las mismas, había en él algo extraño y malévolos a un tiempo.

Había logrado mucho con el manuscrito: tenía la clave del alfabeto. Estaba tan enfrascado en la traducción del texto que no podía penetrar el sentido. Por otra parte, mi oficio de filólogo no me exigía ir más allá. En esta ocasión, sin embargo, estaba seriamente intrigado por el contenido del documento.

Las semanas se sucedían y mi amigo no daba señas de marcharse. Era extraño, todos los días habían transcurrido exactamente como el primero: el carácter de afectada elegancia, muy propio de los de su casta, las cansadas confidencias sobre sí mismo.

Ahora conocía incluso la causa de su deteriorado aspecto; se trataba de una enfermedad hereditaria, maldición entre algunas familias nobles de su patria. Los primeros estragos del mal se habían manifestado desde la infancia; de ahí la debilidad y el sueño prolongado.

Pero por qué esa manía suya de ir todas las tardes a aquel parque abandonado a destilar recuerdos infantiles que, a fuerza de ser tan desagradables, habían acabado volviéndose inexpresivos para mí. Ya toda su persona me era indiferente.

No deseaba otra cosa sino que se marchase. Con sus excentricidades había venido a arruinarme la vida. Me había arrebatado la calma, no sabía cómo y, en la medida en que más se apoderaba de ella, mi visitante cobraba más vigor.

Ya no tenía fuerzas para resistir: llevábamos viviendo juntos una eternidad. Por extraño que parezca, el tiempo había transcurrido de manera casi imperceptible. En las mañanas me parecía aún oír los llamados a la puerta con los que había dado comienzo nuestro reencuentro.

En todo ese tiempo jamás había vuelto a ocuparme del manuscrito. Era increíble cómo Horacio me absorbía por entero. Un día, que tuvo un descuido, me dirigí a la biblioteca. Empecé a hurgar en el catálogo —mis dedos no lo habían olvidado del todo— y acerté a dar con la ficha.

Me encontré con que habían anexado al manuscrito la traducción de uno de mis colegas. Ahora llevaba una etiqueta en castellano que decía *Libro de arte mágica*, compuesto en el siglo IX por Oicaroh. La obra comenzaba así: “Soy la luz que nunca se consume, soy el ave que jamás envejece, soy el que se alimenta de tu infancia”.

Con las últimas energías regresé a casa dispuesto a salvar lo poco que quedaba. Como de costumbre, Horacio estaría durmiendo a aquellas horas. Podía entrar a su cuarto con todo sigilo y asestar el golpe final.

Lentamente subí la escalera, evitando el más leve crujido. La puerta estaba sin cerrojo; no me fue difícil penetrar en la habitación. Para mi asombro, encontré la cama perfectamente hecha, sin huella de mi amigo por ningún lado.

Miré dentro del armario, sus ropas no estaban.

La sola lectura de su secreto me había librado de él. ¿Pero cómo era posible? Habíamos vivido juntos tanto tiempo, departido en veladas interminables, amenizadas con aquellos vinos blancos de su tierra, que le eran tan caros y, de pronto, ni sus trazas.

Me pregunté si soñaba o estaba despierto. ¿Cómo podía saberlo? Aun en sueños uno experimenta dolor físico y hasta percibe el roce del agua. ¿Horacio era real o no? Si habíamos estado juntos en la escuela, en algún anuario debía existir alguna mención, por mínima que fuera, de su nombre.

Un avezado escrutador de archivos, como yo, no tendría empacho para dar con la verdad. Vi el reloj, aún estaba a tiempo. ¿Quienes sueñan pueden también conducir autos?

En la escuela, a excepción del viejo conserje, todo el personal era otro. Apilados en un rincón de la reducida sala de lectura, yacían los libros de pastas gruesas y empolvadas.

Me consagré a la tarea en cuerpo y alma, no sólo esa tarde sino muchas otras. Pude encontrar fotografías mías y de otros de mis discípulos pero jamás de Horacio. Claro, mi compañero se había mostrado reticente respecto de los inventos modernos.

Recuerdo que alguna vez me confesó que su padre lo había hecho retratar por un pintor famoso en Alemania, como era costumbre entre sus antepasados. De seguro en una escalera de ese castillo, que existía en las cercanías de Bamberg, debía colgar la huidiza efigie de Horacio.

Valiéndome de ciertos contactos en la Embajada Alemana, comencé a hacer pesquisas acerca de la familia de mi amigo. No fue fácil, porque ni siquiera recordaba con exactitud la ortografía de su apellido. Me parece que era algo así como von Teuffel.

Pasaron meses enteros antes de que obtuviera informes detallados: no existía –ni había existido al parecer– ningún emigrado de ese nombre. Curioso, además porque, como descubrí en los días sucesivos, la palabra *Teufel* significa diablo.

Desilusionado, sacando fuerzas de flaqueza, decidí volver al parque que tanto le gustaba a Oicaroh o a Horacio o como se llamara. Con agrado descubrí que el lugar había sido totalmente renovado. Los juegos mecánicos relumbraban con la pintura de aceite en colores vivos. El prado lucía verde y fresco.

Las antiguas bancas de granito habían sido sustituidas por armatostes metálicos más modernos. Ahí sentado y viendo jugar a unos niños pequeños, comencé a recrear mi infancia. Entonces la figura de Fernando comenzó a emerger desde lo más recóndito de mi memoria.

Por muchos años fui hijo único pero, alguna vez, había tenido un hermano menor. Antes de él era completamente dichoso. Tenía a mis padres para mí solo, velando cada uno de mis deseos.

Luego a mi madre le empezó a crecer esa panza y nada volvió a ser igual. Una noche sus gritos me despertaron. Parecía que la estaban desollando. Mi padre me dijo que tenía que quedarme solo por un rato; mi hermano estaba a punto de nacer.

Interminables me parecieron las horas de espera. Me debatía entre el sueño y la vigilia. Por fin, en la madrugada pude pegar ojo y no me desperté sino cuando estaba a punto de caer la tarde.

La imagen de mi padre bajo el dintel de la puerta con aquel envoltorio en los brazos viene ahora a mi mente. ¿Pero dónde estaba ella? La cara sombría de papá me lo dijo todo. Ya no la vería más. Ése, que luego bautizaríamos como Fernando, había acabado con ella.

Los alaridos de aquella noche habían sido inequívocos. Es la última imagen que me queda de mamá. Crecimos juntos, mi hermanillo y yo. A veces, incluso, lo llegué a querer. Por años fue mi única compañía, aunque nunca pude perdonarle la muerte de nuestra madre.

La ocasión se presentó en unas vacaciones en la montaña. Papá había querido llevarnos a escalar pero, por una razón que ahora escapa a mi memoria, se había rezagado. Estábamos solos, Fernando y yo. Tras unos pinos descubrí un resbaladero. La vista era estupenda.

No fue difícil hacer que mi hermano se acercara a la orilla. Sólo un ligero empujón, sin gritos, el vértigo debió haberlo distraído porque sólo se oyó un solo golpe seco allá abajo. Todos creyeron que había sido un accidente.

Luego la soledad y la tristeza hicieron presa de mi padre y de mí. Ahora recuerdo que para distraerlo le leía cuentos de misterio; aunque ello no impidió que, poco a poco, se fuera consumiendo. De todo eso hace demasiado tiempo.

No sé cómo lo había olvidado. Ahora siento cansancio, me duele la cabeza, anhelo regresar a casa, Horacio –¿o era más bien Roderick?– también me ha abandonado.

Práctica preparatoria

La mañana de ayer vino a verme Esteban. Andaba un poco excitado, no hablaba con claridad. Y a pesar de ello, lo comprendí todo desde el primer momento: Adrián estaba muerto. Sin duda alguna, para entonces aquel corpachón de pugilista estaría tendido sobre la placa de algún anfiteatro. Fingí extrañarme al recibir la noticia; mis dotes histriónicas han llegado a sorprenderme en ciertos momentos. Esteban creía en mi rostro contrahecho por la sorpresa.

El tiempo había transcurrido de manera insensible, ya habían dado las 12:30, tiempo justo para dirigirse a la funeraria. Lo más probable era que ya hubieran llevado el cuerpo. En el periódico no aparecía esquila alguna, sólo había como de costumbre notas de sociales. Por una de ellas, me enteré que María Avendaño, la que había sido mi prometida, se casaba dentro de unas cuantas semanas.

No sabía con certeza a qué funeraria habrían llevado el cadáver. Quizá a la de Julio Estévez; ahí generalmente depositaban los cuerpos de los que se encargaba la autoridad. Adrián no contaba con nadie más que nosotros dos, sus camaradas. Y éramos precisamente nosotros quienes no podíamos acompañarlo. Ni siquiera nos era permitido pasar por la acera de enfrente. Lo habíamos perdido todo en un instante.

Entonces, de repente, me vino la única idea exitosa que he tenido en la vida. Como ya he dicho, María Avendaño se casaba pronto. El novio era un tipo aburguesado, de esos que tienen

destinada para su primera noche una cama enorme, tan ancha como un ruedo. Como es natural, yo no podía soportar la idea de ver a María unida a esa clase de hombre.

Con toda premeditación comencé a disponerme para la ceremonia. Tenía que cuidarme. Era necesario no desvelarse por aquellos días. Esperé con paciencia hora tras hora. Comía bien y, sobre todo, practicaba.

Esteban, en cambio, no tenía un momento de calma. A medida que la fecha se acercaba, iba poniéndose cada vez más nervioso. Yo no podía prestarle demasiada atención; no quería, bajo ninguna circunstancia, verme influido por sus aprehensiones interiores. Debía permanecer más bien aquietado, tranquilo, como dispuesto a la meditación.

Por fin llegó el día. En los diarios de la localidad aparecía la consabida nota “Se casan...” Por mi parte, podía decir que estaba satisfecho; había tenido el tiempo justo para darme un último retoque en el campo de tiro. Esteban estaba cada vez peor. A las 12, a las 12:30 exactas iba a dar comienzo la ceremonia. Yo esperaba desde las 11:00 en el lugar que había elegido cuidadosamente días antes.

El cortejo nupcial avanzaba. Sí, ahí estaba ella. ¡Qué bien se veía con aquel velo! Estaba a escasos 100 pasos de mí. La distancia se acortaba: ahora estaba a 45; la distancia idónea llegaría a los 16. Me afiancé. Apunté el cañón: la tenía en la mira; 20 pasos, 19. Mi dedo vacilaba sobre el gatillo. Y cuando estaba a 17, a 17 pasos exactos, ella se echó a tierra. Mi mente se aclaró al instante: Esteban había hablado; cuatro manos feroces me atraparon.

El viaje

–¡Ándale, se nos va a hacer tarde!

–Espérate, déjame le llevo a La Cuquis unos aguacates de la huerta.

Eran diametralmente lo opuesto: La Nena era un polvorín y La Chata, que le llevaba sus añitos, era más tranquila pero eso sí, muy bien hecha, en todas sus cosas.

Su prima, La Cuquis, las había invitado a Monteleón a pasarse la Semana Santa. Hacía años que no viajaban. La Chata estaba cada vez más achacosa. De seguro, éste sería uno de sus últimos viajes.

Habían pedido el taxi temprano para que a La Chata no le vinieran aquellos sofocos que luego la tenían arremolinándose en la cama toda la noche.

Bueno, aquella noche no habría cama. Intentarían conciliar el sueño arrellanadas en un asiento de autobús. Servicio de primera, desde luego, con aire acondicionado y todo.

Pues cómo iban a escatimar cuando se hacían a la carretera cada seis años. La última vez que La Cuquis las había invitado había sido para la navidad de... Ya su nieto, que entonces estaba recién nacido, iba a cumplir ocho años.

El taxi ya llevaba cinco minutos a la puerta y La Chata no acababa la minuciosa labor de envolver los aguacates en papel

periódico, colocarlos en una caja de galletas marías y atarlos con un cordel, procurando dejar un pedazo para que sirviera de asa.

Llegaron a la central, registraron los bultos. Sólo que La Chata se había equivocado y la salida no era sino una hora después.

–Menos mal que no fue una hora antes, si no, ¿qué hubiéramos hecho?

–Ay, Chatita, conociéndote, se me hace que lo hiciste a propósito.

–¡Cómo crees!

Ya la tenía harta. Si no fuera porque Ramón, su marido, se le había finado, dejaría de estar de arrimada con esa hermana suya. Bueno, ya le llegaría la recompensa, porque la hermana, eso sí, tenía sus centavitos.

–Ay, Nena, ya ves que con las prisas ni merendamos, ¿por qué no vas a ver qué te encuentras por ahí?

–¿Como qué se te antoja, Chata?

–Lo que sea, ya ves que yo no soy nada fijada para eso de la comedera.

Ahí va La Nena a recorrer la central de cabo a rabo. Había muchas cosas: hotdogs, hamburguesas, hasta burritos; pero ninguna de aquellas “porquerías gringas” era del agrado de La Chata.

Además, los precios ni qué decir. Estaba bien que ella no fuera tan ruin como su hermana pero era, de veras, un abuso.

La Chata no iba a querer o, lo que era aún peor, iba a poner una carota. Lo mejor era buscar otras opciones.

Entonces se acordó de los “agachados” de allá afuera. Su hermana les decía así porque no había dónde sentarse y uno tenía que comerse los tacos de pie y pues, para no chorrear con la salsa, había que inclinar un poco la cabeza.

Como no queriendo –no la fueran a asaltar– asomó las narices fuera de la estación. No, pues sí, ahí estaban los tacos de suadero, de longaniza, hasta había de sesos, que tanto le gustaban a su hermana; dizque le hacían bien para la memoria.

Como quien acaba de descubrir un paraíso perdido, La Nena regresó, radiante, y arrastró consigo a su añosa hermana.

–¿A dónde me llevas, loca? ¿Conseguiste algo o qué?

–Mira, te tengo preparada una sorpresita, ya verás.

Quién sabe si por el ejercicio que había hecho en la huerta maniobrando la pértiga para alcanzar los dichosos aguacates o porque habían comido muy temprano, pero La Chata se despachó con la cuchara grande.

“La viejita es de buen diente”, le dijo un taquero al otro. Después de echarse su Sidral Mundet para la digestión porque, al instante, la hacía eructar, La Chata pagó la cuenta y dio unos pasos hasta la butaca en la sala de espera, de donde no se movió hasta que anunciaron la corrida.

–Ya es hora, chulita, ándale.

–¿Tan pronto? –respondió como sacudiéndose una suerte de modorra.

–Vámonos ya. En el autobús podrás dormir a tus anchas.

–De repente me entró como que mucha pesadez –y dejó escapar un bostezo.

–Y no es para menos, hermosa, comiste como desesperada.

–Ay, sí, verdad –y sonrió, aunque un gesto de molestia alcanzó a dibujarse en su rostro.

“¿Quién sabe qué tendrá? Es tan rara”, pensó La Nena. Abordaron el autobús, encontraron sin dificultad los asientos. A La Chata le gustaban siempre los lugares de en medio porque decía

que, en caso de accidente, era donde tenía uno más probabilidades de salir vivo.

“Quién sabe por qué mi hermana será tan curiosa”, reflexionó La Nena. En ocasiones le parecía que ni eran hermanas. Era bondadosa La Chata pero, a veces, se pasaba con sus solicitudes: tráeme esto, ponle aquello a la comida, veme a pagar lo otro, cierra la puerta de la recámara porque tus ronquidos me espantan el sueño, en fin.

–Ay, me duele.

–¿Dónde?

–De repente sentí un dolor en un brazo y luego se me corrió para el otro y ahorita lo traigo clavado aquí –y señaló el pecho.

–Debe ser de tanta sesadilla, Chata.

–Sí, verdad, les entré duro. Tú sabes lo que me gustan. Quiero darte las gracias por habérmelas hallado. Aunque nunca lo diga, reconozco lo mucho que haces por mí; vas a ver, un día otra gente va a hacer lo mismo contigo.

–Mira, mira, ya déjate de cosas.

–No, es que una no sabe. Nunca hay que dejar de decir hoy lo que tal vez no pueda decirse mañana.

–Y ahora, ¿qué te picó? Haz por dormir un rato, a ver si se te pasa.

La Chata se fue quedando dormida, primero con un sueño sobresaltado, como que le daban calambres, aunque luego sobrevino una paz que continuó durante todo el trayecto.

También La Nena cogió el sueño de hilo; no se despertó hasta que comenzaron a aparecer las primeras luces de la ciudad. Su hermana continuaba durmiendo. ¡Qué bien estaba así cuando no podía salir con sus ocurrencias! A ver cómo se portaba en casa de La Cuquis.

Pero, en fin, su prima la conocía perfectamente. Los tacos esos hasta a ella le habían sentado mal. Como le había tocado ventanilla y quería pasar al baño, le habló a su hermana.

–Mi reina, mueve un poco las piernas.

Pero no respondió. Como pudo, la brincó y recorrió el pasillo hasta el fondo. Buen rato se quedó en el trono. Cuando regresó, La Chata estaba en las mismas.

“Voy a dejarla descansar otro poco hasta que llegemos a la estación”, se dijo. Transcurrieron 10 o 15 minutos.

–Chata, Chatita, hermana, despiértate, ya vamos a llegar.

Su hermana, inmutable, no movía ni siquiera un dedo. “Se ha de estar haciendo guaje” y le volvió a hablar pero nada: La Chata seguía súpita.

–¡Chata! –le alzó la voz–. No te estés haciendo la tonta porque me voy a enojar contigo.

Entonces la jaló del brazo con cierta firmeza. La Chata inclinó la cabeza.

–Ya ves, como te estabas haciendo.

Para entonces el autobús había entrado al patio de la estación. Se había detenido. Poco a poco habían comenzado a descender los pasajeros. La Nena se incorporó, bajó sola los bultos de la rejilla de arriba.

–Ahí te quedas, Chatita, a descansar todo lo que quieras. Ya me voy.

Bajó y esperó. Nada, su hermana no salía. Con furia subió de nuevo las gradas del autobús, le dio un jalón. La Chata seguía con la cabeza inclinada. Un hilillo de baba le escurría de entre las comisuras de los labios.

En las manos de Dominika

Zúrich estaba radiante aquel verano. Adolfo iba casi todas las tardes al lago en compañía de Marianne, su novia. Los padres de ella poseían una finca a orillas de aquella piscina paradisíaca y ahí se pasaban las horas oyendo música, haciendo el amor o extasiándose simplemente con la contemplación del paisaje. “Zúrich no era el mejor lugar para pasar el verano, había que viajar a Toscana, Provenza o las Islas Cícladas para saber lo que era vivir”, argumentaban la mayoría de sus conocidos. Pero tanto a Marianne como a Adolfo lo único que los detenía era la escasez de fondos. La raquítica beca que le otorgaba el gobierno suizo a Adolfo alcanzaba tan sólo para lo más indispensable. Marianne tenía un problema similar, ya que sus padres habían sentenciado que no le darían un *Rappen* más hasta que terminara su carrera de eslavística que databa ya de seis años.

La única solución que se presentaba era aferrarse a dos solicitudes que habían hecho para asistir a congresos distintos. La esperanza de Marianne estaba puesta en Uppsala, donde tendría lugar un ciclo de conferencias para especialistas en lenguas eslavas; mientras que para él, la promesa estaba en el Este, justo en la República Checa, donde se verificarían dos congresos importantísimos de lógica simbólica.

Dos semanas antes de que comenzasen ambos eventos, recibieron sendas comunicaciones que no podían ser más

favorables: los dos estaban aceptados, no tendrían que pagar las cuotas de las conferencias, aunque los demás gastos correrían por cuenta propia, en resumen, hospedaje, alimentación y transporte.

Para Marianne no había problema alguno. Viajaría con Maria, aquella colega suya de Suecia que poseía un antiquísimo Volvo. La cosa, en cambio, no era tan sencilla para Adolfo. Sus fondos estaban casi en cero y el pagar por su traslado en tren los reduciría aún más. Tenía que haber otra solución. Adolfo se moría de envidia al ver como Marianne empacaba todas sus cosas. Estaba frenética por aquellos días.

Una tarde Adolfo se fue a caminar a orillas del lago, descuidado había recorrido centenares de metros, cuando se percató de que una familia acampaba en un lugar inusitado. Los padres y dos hijos pequeños estaban frente a una fogata disfrutando de unas salchichas. Adolfo pasó de largo pero notó que un barquillo de juguete estaba a punto de perderse en las aguas. Se acercó, con ayuda de una rama, lo atrajo hacia sí y lo tomó en las manos.

El juguete era muy bonito y bien hubiera podido llevárselo a casa, como un regalo incidental para Marianne, pero pensó en el chiquillo rubio, que estaba a unos metros de distancia y en la cara que pondría cuando no encontrara el barquito. Sin dudar más, se volvió unos pasos y preguntó, en alemán, si aquel objeto era propiedad suya. El hombre se levantó; con su sonrisa de boca a boca, lo dijo todo.

En inglés, como pudo, le dio las gracias y lo invitó a sentarse junto al fuego. Al parecer eran polacos, provenían de una ciudad que no quedaba lejos de Cracovia y que se llamaba Katowice. Adolfo había pasado por allí alguna vez. De Marianne había aprendido sus primeras palabras en polaco y había seguido adelante por sí

solo. Por ello, precisamente, había aceptado el año anterior la invitación de una amiga de Cracovia para pasar las navidades en casa de sus padres.

Adolfo comenzó a explicar, animado, todas sus aventuras en Polonia. Jarek, divertido y siempre sonriente, oía con paciencia cómo Adolfo trataba de darse a entender en su lengua madre. La mujer sonreía mucho ante las faltas de pronunciación y de gramática que cometía a cada paso; incluso los pequeños se aventuraban a corregirlo de vez en cuando.

Su problema de transporte estaba solucionado. Jarek iba a conducir en tres días con rumbo a Polonia y podía dejar a Adolfo en Cheb, la ciudad checa que sería escenario del primer congreso. Tenía el tiempo justo para prepararse. Aún no escribía el texto para su relación. Pero qué lo apuraba, si tenía todos los datos en su *notebook* y, con una noche sentado ante la pantalla, podría tener el artículo listo para el día siguiente.

Marianne recibió con alegría la inesperada noticia de su viaje en auto. Aunque no pudo ocultar del todo la envidia por tener la oportunidad de dirigirse a la entretenida República Checa y no como ella a Escandinavia. Lo que no sabía, porque él no había querido decírselo, era que tendría que hacer el viaje en una reducidísima furgoneta Suzuki que sólo poseía un asiento delantero. Así que los niños, él y todo lo demás irían en la parte de atrás. Adolfo sabía que no iba a ser fácil pero, con el dinero que pensaba ahorrarse, planeaba sobrevivir en aquella nación excomunista, por lo menos, unos 15 días; no había ni que pensarlo siquiera.

La mañana de la partida Adolfo tuvo que cubrir un par de kilómetros a pie para llegar al lugar donde acampaba la familia polaca. Una noche antes, Marianne y Maria se habían despedido

de él. Jarek, a lo lejos, lo saludaba con fuertes movimientos de sus brazos.

–Llegas a tiempo. Tan pronto como ellos estén listos, partiremos –y Jarek señaló hacia el lugar donde estaba su familia.

–No hay ningún problema, a la hora que tú digas –respondió él.

De refilón, Adolfo había comenzado a inspeccionar el interior de la minúscula furgoneta. “Era asombroso cómo los japoneses podían agrandar una motocicleta de aquella forma”, pensaba.

–Vámonos, ya estamos listos, ¿qué esperas? –alcanzó a entender Adolfo que le gritaban los niños.

–To dobrze! –contestó.

Todos montaron en la Suzuki. Al principio, dos o tres horas después de la partida, cuando ya se habían internado en territorio alemán, los dos pequeños que, hasta entonces habían estado como sedados por el movimiento del vehículo, comenzaron a desperezarse. Entonces comenzó a entender lo que era ser eslavos. Vio cómo la dicha, el regocijo, los hace exultar, aunque igualmente percibió cómo la tristeza, la morriña, los hace sentirse en soledad absoluta con todo el Universo. En cierto sentido, su naturaleza era semejante a la de los seres elementales: todos ellos eran pura emoción.

Una escena, en particular, le quedó a Adolfo muy presente en la memoria. Y fue su encuentro y lucha contra una pequeña polonesa de escasos seis o siete años. Su nombre, Dominika. El color de su pelo, rubio, los ojos castaño claro, el cráneo rotundo, las cejas apenas perceptibles, la nariz aún no completamente esbozada, algo expandida, el torso menudo e increíblemente vigoroso, las manos delgadas, las uñas filosas, los pies regulares y más bien

alargados, los dientes agudos y algo disparejos, la lengua serpentina, las caderas fuertes y estrechas; en resumen, un prodigio de flexibilidad y fuerza.

¿Cómo empezó todo? Como siempre con los esclavos, de un modo agresivo. ¿Qué le hizo? Comenzó por lanzarle objetos cada vez más contundentes en la cabeza, por darle de puntapiés, pellizcos, salivazos, mordeduras; en una palabra, lo sometió a una suerte de tormento chino. ¿Cómo terminó? Acabó imponiéndole las manos indeciblemente suaves y, sin embargo, algo húmedas y regordetas en la cara, como si hubieran sido dos esponjas. Para luego pasar a una serie de acrobacias, donde él la empujaba hacia sí y ella lo llevaba hacia un rincón de la furgoneta por un tiempo que sus brazos sintieron como eterno, como inacabable, como delicioso.

Después de aquellas volandas, que no excluían, por cierto, algunos de los recursos empleados en la lucha anterior, si bien algo suavizados, Dominika pasó a acercarse más y más hacia él, hasta ponérsele sobre los muslos e intentar restregarle en su rostro sus pies hermosos e inodoros, perfumados tan sólo por la fragancia natural que tienen todos los niños que es algo agridulce y acariciante.

Una afortunada interrupción. Estaban a punto de cruzar la frontera. Debían reportarse y disponerse a pasar aduanas. En la frontera alemana entretuvieron a Jarek un tiempo indescriptible. Así pasa siempre con los europeos del Este: se los detiene enseguida, se los hace declarar lo indeclarable y, después de algún rato, se los suelta otra vez; se los pone en libertad, para que anden por esos mundos de Dios, hasta llegar a la próxima frontera.

Ya en territorio checo, Dominika quiso retomar con él su rutina de gimnasta. Lo hicieron un poco menos artísticamente. Ella le introdujo los dedos de la mano en la boca, él le introdujo los suyos.

Le refrescó la frente y las mejillas, absorbiendo en sus manos el frío y la humedad de las paredes metálicas de su prisión en movimiento y luego poniéndoselas en la cara, como si Adolfo fuera un enfermo muy grave que ardiera en fiebre, y tuviera una pequeña y eficiente enfermera que cuidara de él y tratara de regalarlo con todo aquello que podía ofrecerle en un amor decente, inofensivo.

El final vino cuando Dominika, por un motivo todavía desconocido para él, quiso mostrarle su torso desnudo y, en particular, su pecho infantil exactamente igual, hasta en los más menudos detalles, al de su hermanillo. También le hacía señas extrañas de que adivinara lo que había bajo sus mallas ajustadas de gimnasta, ahí entre sus delgadas piernas de estatuilla de marfil. Sólo la ingenuidad de niña podía justificar que, teniendo cierta conciencia de ser terriblemente provocadora, se expusiera a tanto.

Cuando se despidieron en Cheb, apenas si quiso darle un beso en la mejilla. Lo hizo más de grado el hermanillo, que era menor que ella. Por fin, enseguida de haberle ofrecido las mejillas en forma reticente, se apresuró a abrazar a Jarek, su padre, como diciendo “él es mi verdadero amor, no tú”.

El congreso en Cheb se sucedió sin mayores novedades. Su estancia en la República Checa se extendió por dos semanas más de lo previsto; Praga le hubo de deparar innumerables sorpresas, todas ellas gratas.

Cuando Marianne regresó de su viaje ambos intercambiaron experiencias. Habían vivido en dos mundos completamente distintos, aunque las impresiones de ella no podía decirse que fuesen menos intensas que las suyas. Con el fallecimiento repentino del padre de Marianne las cosas empezaron a cambiar. De la noche a la mañana la chica universitaria, más bien descuidada, común, se

había convertido en heredera de una de las fortunas más respetables de la ciudad.

Todo eso, sin embargo, pasó hace demasiado tiempo. De vuelta en Latinoamérica, Adolfo ha olvidado casi todo lo relativo a su estancia en Europa. Ahora no es más que un simple maestro de bachillerato, cincuentón que, en ocasiones, despierta sobresaltado recordando la noche de su llegada a la República Checa cuando no pudo conciliar el sueño, porque seguía en los vaivenes de la Suzuki y en las manos húmedas y regordetas de Dominika.

La ciudad y la tarde

En su descanso un hombre que trabaja sale a pasear por el centro de la ciudad. Se estaciona en las orillas y recorre sin prisa las calles atestadas de gente. Sólo, cuando advierte la oscuridad, se da cuenta de la distancia que ha recorrido. Como está algo cansado, decide tomar un taxi que lo lleve al lugar donde ha dejado el coche.

El chofer es un hombre entrado en años que lo conduce despacio en medio de una charla inusualmente amena. Cuando por fin llega a su destino, pregunta el importe del viaje. Aturdido, creyendo no oír bien, comprueba una vez más la cantidad, que sobrepasa 50 veces la tarifa establecida. Entre indignado y burlón, le dice que es absurdo al conductor quien, de inmediato, se apresta a llamar a un agente de policía.

No, sin cierto recelo, el pasajero intenta serenarse pensando que la razón está de su parte. Aunque de pronto, presa del ansia, se echa a correr tras el taxista que ha divisado a un agente y se dirige hacia él. Con facilidad le da alcance, incluso, se le adelanta y da comienzo la deposición de los hechos.

En realidad, el chofer no pretendía alcanzar al agente sino a una mujer, rolliza y rubia, que ahora se ha quedado un poco atrás. Cuando llegan al lugar donde están el pasajero y el policía, el hombre alega que su hermana está ahí para corroborar su versión que, de manera manifiesta, difiere de la de la otra parte.

El pasajero intenta poner en evidencia el engaño, pidiéndole al policía que revise sus identificaciones y compruebe si en efecto son hermanos. Lo hace y por sorpresa los apellidos coinciden. El pasajero se halla en aprietos.

El agente permanece en silencio observando el rostro del chofer y de su compañera. “De hecho, ya nos conocemos”, exclama moviendo de un lado a otro la cabeza. El pasajero, aliviado, no tiene más que pagar la tarifa establecida; incluso de eso lo exonera el agente. No eran más que unos pillos.

El hombre que salió a pasear aquella tarde, aunque visiblemente nervioso, avanza despacio hacia su coche. En la confusión de esa tarde duda si en verdad dejó el auto ahí, porque ya no está. De pronto se vuelve y alcanza a columbrar en la esquina un coche parecido que se aleja en silencio. Inútilmente se busca las llaves en el bolsillo. Tampoco hay trazas del agente.

Me dicen Lola

En ocasiones me pregunto dónde me llevan tantas reflexiones. Después que murió mamá, todo ha sido inútil. No bastaron los cirios, las flores, los pésames. Todo ¿para qué? Si ella no podía ver nada y luego, claro, había que pagar.

Si el Ramón, mi hermano mayor, le hubiera hecho frente al torito. Pero no, tenía que ser yo quien diera la cara. Con eso que se fue para el Otro Lado, a él no le habían tocado los años que papá estaba macizo. Entonces todo era distinto. Las tierras, aunque no produjeran, él sabía exprimirles la pobreza. Tendría sus amigos que lo hicieran fuerte, o qué sé yo, pero a nosotros nunca nos faltó nada. Nomás fue finarse él y comenzó la desazón para la pobre vieja.

Las vecinas hasta le levantaban falsos, dizque andaba con hombres. ¡Hazme el favor! Una mujer en los umbrales de la vejez que iba a ser codiciada por el montón de solterones rijosos que hay en el pueblo. Mamá era una mujer cumplida: lavaba, cosía y hasta fregaba pisos ajenos, con tal que tuviéramos algo que llevarnos a la boca. Hasta parecía que el Ramón hubiera leído todo esto en un libro de historia.

Quien estaba ahí tendida era ella y él como si nada. Todas se las quitaba con que él sí era un hombre casado, no un solterón empedernido del que se rumoraba que despilfarraba todos sus

centavos en jovencitos. Y la mera verdad, para ahorrarme los sermones, era yo capaz de todo, hasta de pasar por los gastos del sepelio. Total, ojalá nomás respetaran la voluntad de la difunta y me dejaran seguir viviendo en paz en la casa donde habíamos nacido.

Pero la Tencha, la mujer del Ramón, siempre había codiciado la casa. Ahora era el momento de echarse encima. Más mala entraña no cabía. Mamá tendida y ella el Ramón revisando hasta los chiqueros. No les fuéramos a referir un lechón de menos. ¡Dios bendiga a esas almas celosas de todos sus bienes y las mantenga apartadas de uno lo más que se pueda!

Tanto chamacón que había conocido yo y ninguno me salió nunca con esas exigencias. “Dios los hace y ellos se juntan”, dijeron las vecinas de mí y mis amigos desde cuando éramos muy chicos. ¡Pues que dijeran misa! Yo no vivía de ellas. Eso sí, la casa siempre la respeté. Mis aspavientos los armaba allá en el monte. Si uno qué molestia le causa a los demás, ¿por qué ellos no harían lo mismo?

En fin, así y todo, pero la casa no iban a quitármela. Había sido la voluntad de la finada y tenía que respetarse. Ya hasta estaba aconsejado por don Vito, el notario. Según esto, mamá, aunque le faltaran tantas luces, había hecho testamento. Así que yo, chitón. Nomás que no le firmara nada al móndrigo de mi hermano.

Ultimadamente preferí esperar, como quien dice, la embestida del toro. Quería ver hasta dónde podía llegar, aunque fuera mi hermano, si la sangre no lo había detenido, a mí tampoco me quitaba que aplicara unas cosillas que les había aprendido a un par de muchachas disfrazadas, que alguna vez se habían presentado en El Potrero, el congala de La Chancla.

Es más, para qué llegar a las armas blancas, cuando todo podía parar en una buena taza de café con piquete. No hacía mucho, la jefa me había convencido que silenciara, por fin, a los perros de doña Chayito, la vecina, que no la dejaban pegar ojo durante toda la noche. Ni tardo ni perezoso, había buscado el remedio. Lucio, el de la botica, me había aconsejado estricnina. ¡Santo remedio! Ningún ladrido, aullido ni mucho menos gruñido durante la noche.

¿Qué me costaba darle su *piquete* al Ramón? Café tendría que haber en el velorio. Era cosa de ponerse listo, nada más. ¿Para qué quebrarse tanto la cabeza? La solución estaba ahí, al alcance de la mano. No se trataba de nada aparatoso. Que la policía tuviera maneras de averiguar todo, no lo dudaba, pero no en San Juan. ¡Total, si el Ramón hasta padecía de úlcera!

Así que con toda calma recibí a los parientes y vecinos. Todos muy dolidos por doña Chila. Cuando viva la habían censurado hasta cansarse y ahora sí muy bondadosos. El cafecito y los tamales los habían ablandado. ¡Quién los viera! Para bien o para mal, había que apechugar con todo. Qué más se le iba a hacer. Esos ojos saltones de la Tencha fueron los que acabaron de decidirme. ¿Pues qué era tanta ambición la de aquella vieja?

Si la Fifi, una de aquellas “artistas” que era amiga, me había confiado que la Hortencia había sido pública en Sombrerete. ¿Qué era ahora tanto darse baños de pureza? Y eso sí, una de aquéllas no iba a ser la ganona porque la pobre de doña Chila hubiera estirado la pata. Gracias a Dios, no habían tenido hijos. Sepa, si porque el Ramón había salido cebado o porque a la Tencha se le habían secado las entrañas, de tanta semilla derramada en terreno infértil, hecho adrede.

Que eso alegraran los entendidos, los médicos allá y las enfermeras del hospital, lo que a mí, humilde ignorante, me tocaba hacer era bien poco. ¿A qué venía ahora tanto remordimiento? Echarme para atrás no era posible. Yo no entendía de intestados ni de nada. “Ni pa qué gaste su saliva conmigo, don Vito”. Una cosa me quedó clara, si el Ramón quería, me hacía pedazos. En todo caso, el deseo de mi mamá había sido dejarme todo a mí, porque era el más chico. ¿Hacía falta más averiguaciones?

Con paciencia aguardé el momento propicio. El Ramón era muy dado a tomar el café negro. Lo amargo de la bebida, de seguro, disimularía el secreto. Aunque quien le servía siempre era la Tencha. No sabía ni cómo hallar un pretexto para llevarle la taza yo mismo. Las visitas llenaban la casa, en el patio no podía darse paso. En la sala no cabía ni una cabeza de alfiler.

Chana, mi hermana la quedada, a quien le había tocado cuidar a mamá, no me quitaba la vista de encima ni por un momento. No sé, a lo mejor se imaginaba que yo le andaba echando el ojo a alguno de mis primillos. Poco le costó averiguar de mis mañas y, lo peor es que había sido con Tato, un pretendiente suyo de fueras. El canijo muchacho tenía una de esas miradas pausadas, acariciadoras. Cuando vino por primera vez de visita a San Juan, no me quitaba los ojos de encima. Nomás andaba, pase y pase, por la sala donde estaba yo.

En una de éstas, la Chana tuvo que irse a misa o fue a ver a una de sus amigas, ya ni me acuerdo. El caso es que el diantre de chamaco se me puso enfrente, de mucha nalguita parada y toda la cosa. “¿Me dejas sentarme a tu lado?”, preguntó, eso sí, muy respetuoso. Ya después, no le creía aquello de que era su primera vez. Muchacho más habilidoso y ladino no he visto. Y yo no puedo quejarme, claro.

Luego no se estaba silencio, que quería más, que si no podía, que si era como él, *mansita*. ¡Ni madres, leandro infeliz, ahorita vas a ver! Le entré con todas mis ganas y en ésas estábamos cuando regresa la Chana. Ya ni sé qué fregados se le había olvidado. El chiste es que nos cayó en lo mero bueno. Sobra decir que, desde ese día, se ha cuidado mucho de traer otro pretendiente o, por lo menos, de que yo se lo conozca; siempre me vigila muy de cerca.

Sin que lo advirtiera, le preparé el café a mi hermano. La misma Tencha prestó, como quien dice, la mano homicida. Para hacérselas breve: cuando estábamos frente a la fosa, a la hora que le estaba rezando a mamá el padre Troncoso, se le ocurrió al Ramón comenzar con los retortijones. Es más, le vino un vahído que fue a dar con sus huesos hasta encima de la caja. Nomás se oyó el golpe en seco. Ahí quedó como buen hijo, al lado de su madre.

Ahora sin nosotros, la Tencha y la Chana andan siempre de la greña, sé que le hago mucha falta a mi hermana pero ella tuvo la culpa, porque si a los pocos días no va a armar la tremolina con la autoridad, todavía andaría yo por esas calles de Dios, con los ángeles en las alturas. Pero aquí, no vayan a pensar que ando nomás tristeando, todos ya me conocen y me dicen la Lola.

El niño en la arena

Amanecía. El alba comenzaba a reflejarse hacia mar adentro. La arena respondía a los primeros rayos de sol con un perfume salino. Agustín había estado caminando desde la madrugada. Se había pasado toda la noche en aquella playa del norte de África enfrascado en meditaciones.

Se detuvo y, sin más, se echó en el suelo para reposar. Durmió quizá hasta mediodía. Su sueño fue intranquilo. Las imágenes de otros días le pasaban en tropel por la memoria: ahí estaba Mónica, vestida de negro, lo miraba. Sus ojos llenos de luz le hacían sentir lo miserable de su condición.

Escenas de infancia y de juventud recurrían inconexas en su sueño. Oía claramente la voz de su maestro que lo instruía en las tortuosidades de la gramática griega, siempre tan desagradable para él. No quería otra cosa en ese momento más que huir de ahí, ir a correrse la pinta al huerto de Eustenio para robarse la fruta.

De pronto despertó y retomó el hilo de sus cavilaciones. El discípulo de Ambrosio en Milán, el otrora “rhetor maximus in urbe”, el que fuera uno de los hombres más potentes en los lupanares no lograba ver la verdad *evidente* en que se sustentaba toda la ciencia teológica de su tiempo.

Estaba débil. Sentía la necesidad de alimento en las vísceras. Su casa estaba lejos o cerca, no lo sabía. El sol se había encaramado en su trono y, desde ahí, lo volvía todo un infierno: la arena escocía

por todas partes. En aquel paraje, igual que otros en el norte de África, Agustín sentía una necesidad más imperiosa que sus cuestionamientos metafísicos, el hambre. Pero se contenía. Él era fuerte tanto en el espíritu como en la carne. Había superado la convicción interior de que nadie se le igualaba en sabiduría. Había combatido los sentimientos de padre hacia su hijo Adeodato y el amor de hombre hacia aquella mujer, la madre de su hijo. Había luchado contra la lascivia de los placeres más insólitos e intensos que se oponían a su vocación religiosa.

De nuevo caminaba como en uno de aquellos paseos por el Foro Romano después de las lecciones, cuando estaba próxima la caída de la tarde. Marchaba con la mirada fija en la arena. Sentía gran pesar ante la empresa que se había propuesto.

“Ahí estás, mi Dios. Te siento en lo profundo de mi ser. Y te he visto reflejado tantas veces en su rostro, en el de Mónica, mi madre, la que tantas lágrimas derramara por mi salvación. Ahí estabas en la agonía de mi hijo, Adeodato, y en sus palabras de aliento en favor de la orden que había fundado y en la sonrisa que se quedó con él después de cerrados sus ojos. Ahí estabas también en la mirada comprensiva de la madre de Adeodato, en su conversión misma a la vida del cenobio. Sí, ahí estabas, mi Dios, y te sentía y te siento ahora pero no te comprendo”.

Cuando levantó la mirada, el sol comenzaba a declinar. Había ganado mucho terreno mientras pensaba. Por fin, divisó las primeras señales de civilización. Eran las paredes enjalbegadas de una casa. A pocos pasos adelante vio que había un niño sentado en la arena. Al acercarse, se dio cuenta de que el niño cavaba un hoyo en la playa y, con lo que le cabía en el cuenco de sus pequeñas manos, iba a coger agua del mar y la echaba dentro.

-¿Qué estás haciendo?

-¿No ves?

-Has hecho un hoyo en la arena y le echas agua –exclamó Agustín.

-Sí.

-¿Y qué con eso?

-Pues nada, quiero pasar a este hoyo toda el agua que está allá –y el niño señaló hacia el inmenso océano.

Mientras continuaba su camino dejó escapar una gran sonrisa como no lo hacía desde tiempo atrás. La simpleza del chiquillo lo había animado y, con la intención de decirle alguna gracia, se volvió pero el niño ya no estaba. Regresó sobre sus pasos aunque de balde. En aquel trecho de playa no había huella alguna ni del niño ni del hoyo.

“¿Qué había sido todo aquello?”, se preguntó. Entonces comenzó a penetrar el sentido de su extravío; desde la tumba, Mónica seguía guiándolo: el niño en la arena era él.

Deber filial

Los doctores podrán decir lo que quieran pero, ¿a poco no va a conocer uno su propia sangre? Esa piel rugosa, suavecita, que sólo fue pasar unos días para que se pusiera blanca blanca. ¡Cómo le gustaba que la tentaran! Y como la Eulalia estaba bien seca, nomás se arremolinaba cuando le ponía uno el dedo entre los labios.

No bien me había hecho a la vida de casado, cuando vinieron los años de desasosiego. La tierra se fue poniendo enjuta y tuve que emigrar pal norte. Mes a mes, recibían mis dos mujeres un dinerito para no morirse de hambre y, a lo mejor, hasta para apartar un poco. Bueno, al menos eso quería pensar. No, si usted supiera, uno sufre mucho fuera de su casa. Todo hay que hacérselo solo: cocinar, lavar, hasta zurcirse los calzones. Yo veía que a los otros braceros no se les hacía difícil: tomaban otra mujer y ya; yo, en cambio, quise serle fiel a mi legítima. De otra forma, los centavos no hubieran rendido. Me podía, sobre todo, el destino de esa criaturita.

Por las fotos que mandaba, un año sí y dos no, veía cómo Angélica sacaba cada día más a su madre. Se le hacían los mismos pocitos en los cachetes. Hasta de carácter había salido igual: se le echaba de ver lo pizpireta en la mirada.

Fueron 13, figúrese nada más, digo años. Bueno, ni los apóstoles. ¿Cómo dice? Si contamos a Judas. Sólo así. Ni para qué referir las que pasé: sin una caricia por las noches, una voz de mujer —no le hace que en veces hasta me regañara. Ya después empecé a

ganar mejor, aunque a la Eulalia le seguía mandando lo mismo. La conocía y tenía mis dudas.

Siempre de ilegal, usted dirá; así que nunca quise regresar. Corrían historias de miedo sobre golpeados en la frontera; les quitaban todo y muchas veces no aparecían más. Mejor tener paciencia, me dije. Ya tenía junto un dinerito cuando Encarna, mi hermana, me escribió, ella que nunca se acordaba de mí. La Eulalia se había huido. Se había largado con uno dejando a la Angélica allí arrumbada como mueble viejo.

Era la señal que esperaba. Junté mis chivas y me devolví. En el pueblo nadie me conocía. No sé, sería el trabajo duro o la barba que traía de una semana. Encarnación fue la más azorada cuando la Angélica se me colgó del pescuezo de puro contento. Estaba hecha toda una señorita hija. Le daba un aire a su santa madre, aunque dos o tres veces más chula. Esa mirada triste, una cinturita de azúcar y unos pechitos macizos, muy bien puestos.

No, si ahora que lo pienso bien, la Eulalia había sido siempre una loba bien lampareada. Sabría Dios si esa criatura era mía o de aquel con el que anduvo la condenada. Desde luego, la Angélica nunca barruntó mis cavilaciones. Ella creía que era mi sangre y se desvivía por atenderme. ¿Cómo dice? ¿Que para eso estaban las pruebas de paternidad? ¡Otra vez! Si eso se siente, señor.

Bueno, como le iba contando, ya se está haciendo tarde y usted tiene que irse. De la casa de mi hermana nos volvimos al jacalón donde había crecido mi Angélica. Estaba aquello hecho una desgracia. La mala mujer de su madre no le había metido ni quinto.

Para pronto me puse a escombrar los cuartos. El terreno, por lo menos, era mío. Me apalabré con unos maistros y comenzamos a arreglar todo. Angélica nomás pelaba unos ojotes. ¿Cuándo en la

vida alguien había movido un dedo por ella? Si la otra, desnaturalizada, le arrimaba unas que, por poco, me la deja imbécil.

En unos cuantos días las paredes albeaban de yeso. Olía a nuevo. Hasta se levantaba un polvillo que sacaba carrasperas. Estábamos anchos de contento. Pero se me había ido más de la cuenta, así que decidí hacer gasto de una sola cama, matrimonial, claro está. “Aquí vamos a dormir, mija”, le dije y como que me vio raro. Ya más tarde, después de mi café, le hice señas que se arrimara. Así como andaba se metió debajo de las cobijas. “¿A poco así duermes todas las noches?”

Entró en juicio, se puso a la orilla de la cama y comenzó a zafarse todo. Cuando uno ha pasado tanto tiempo solo, compadre, la piel lisita de una niña es como ver a Dios o, de menos, a un ángel. Angélica, no por nada, le habíamos puesto el nombrecito.

“¿No quieres alegrar a tu pobre viejo?”, le pregunté con la mirada. No contestó ni sí ni no. ¿Que yo lo tomé como sí? ¡Pos qué más hacía! ¿Aguantarse como los meros machos? ¡Eso hágalo usted! Ya sé lo que va decirme: por eso me tienen aquí, peor que león en zoológico gringo, a éstos siquiera les dan bien de comer y no los pretende forzar hasta el último ratón con sus dos centavos de canela.

Y no es que me queje de mi suerte. Fueron dos años de vida que para mí cuentan por 20. La chamaca salió rete habilidosa. Yo creo que hasta figaba a la Eulalia cuando armaba sus ajetreos ¿Que qué hacíamos? Pues, si nomás me faltó que la dejara tuerta y sorda. Con eso le digo todo.

¡No me arrepiento! Aquí he aprendido más cosas. Y como ya les dije a esos señores del Ministerio, siempre le preguntaba si quería y ella nunca dijo no. Jamás la amarré, ni mucho menos la maltraté.

Si usted habría obrado igual. ¡A mí no me engaña! ¿Qué las pruebas esas dieron positivas? ¡Taban truqueadas, compadre y, ultimadamente, a mí qué! Mi corazón me dictaba que ese pedazo de carne blandita no era mío. Y no es. ¡Qué engaño moral y qué ocho cuartos!

¿Usted también va a salirme con eso? ¡Padre de mi nieto! Si nomás vino a reprenderme, mejor se hubiera quedado en su casa. Al fin y al cabo, ahí tiene con qué despacharse. Si una cosa me ha enseñado la vida es que las buenas intenciones son como los años de lluvia. ¿A poco ya se terminó la visita? Una cosa nada más: ándese con mucho tiento con lo mío. Que aquí donde me ve, me doy mis habilidades y, a usted le quedan todavía dos chamacas bien tiernas.

El pobrecito de Asís

Habían acabado por distanciarse los dos amigos. Sucedió de una manera lenta pero inexorable. Ernesto no podía sufrir las veleidades de Eduardo. No que él fuera un dechado de virtudes, ni mucho menos, pero tampoco tenía esos devaneos, ese delirio de grandeza tan acendrada en el otro que amenazaba, en ocasiones, con perfilarse como *tremens*. Ernesto hablaba, desde luego, con conocimiento de causa. Para algo debían aprovecharle 10 años de psicoanálisis. De profesión actor —el personaje que se había labrado en la vida le era un perfecto desconocido— Ernesto iba por ahí, despreocupado, alegre, inconsciente de que había vuelto el mundo un escenario, especialmente iluminado y construido para él. La soberbia ajena era algo que, en consecuencia, no podía tolerar. Hasta la paciencia más *franciscana* tenía sus límites. Para veleidades, las suyas y nada más.

La misma necesidad de tener espectadores lo hacía rehuir la soledad, esa condición imprescindible de todo hombre de genio. No que él se considerara tal aunque, al compararse con las demás comparsas, compañeros suyos de teatro, se hallaba ante la faz de un abismo. No había remedio, tenía que admitirlo: los muchos años de asiduidad y desvelos no habían sido en balde. Con realismo y, sobre todo, con modestia, debía reconocer sus triunfos, de otra forma, quién más iba a hacerlo. ¿Sus innumerables detractores? Esa caterva de envidiosos, aprontados y mal agradecidos. ¡A cuánta

gente no había ayudado él que, luego, se le había volteado! No, si en la vida uno juega limpio hasta el momento que comienza a revirársele todo. Ahí es cuando se aprende la lección. Hay que dar a cuentagotas, calcular la distancia, echarse para atrás, hacer como si cogiera uno impulso y dejar a otro más listo irse con la finta. El abismo ha de ser, sin duda, el premio de sus desvelos.

Eduardo no era más que un iluso, uno que acariciaba la ambición de convertirse en un gran escritor. ¿Qué cosa era, al fin y al cabo, un gran escritor? Si las plumas del pasado ya habían dicho todo. Los trágicos griegos, los comediógrafos latinos, Cervantes y sus entremeses, Molière y Racine, Ionesco, Beckett, Brecht, Pinter, el que fuera. ¿Había necesidad de más? ¿Qué novelas, ni mucho menos, laberínticos ensayos! La universalidad y espíritu llano de un Chéjov o un Lope, imbuidos de sentido común y amor hacia la humanidad, decían más —y sobre todo resultaban más expresivos gracias a los intérpretes— que todos esos mamotretos. ¿Qué necesidad había de complicarse tanto? Palabra muerta frente a palabra viva, hecha carne de la propia carne, trémula, sonora y divinamente presente. Nada de referir sucesos pretéritos ni perderse en ociosas descripciones. Si la vida era tan sencilla, ¿para qué había que complicarse?

Eduardo, a su vez, le pagaba con la moneda de la indiferencia. A palabras necias, oídos sordos. Eran útiles, sin embargo, las pocas veces que entendía por dónde iban los tiros, es decir, las palabras de consejo del hombre mayor y artista experimentado, perra de muchas bodas, expresión que, por cierto, le había oído al excelso histrión, no en referencia a su propia persona, claro está. La sinceridad, no en el tono desaforado del claridoso, sino en esas medias tintas entre candor de provector y amonestación de madre, dejaba traslucir, entre

tanto velo de imprecisión y no poca telaraña, un rayo de luz y de bondad.

No en vano se habían pasado tantas horas juntos, unas veces en densos y reconcentrados monólogos —con cronómetro en mano, a ver a quién se le acababa antes el tiempo— y, otras, largos intervalos de silencio, cortados aquí y allí, por casi inaudibles monosílabos, casi siempre imprecaciones contra la atribulada circunstancia de vivir en pueblo chico, infierno grande. Si los dos la giraran por la capital, otro gallo les cantaría. Allá reconocerían, sin duda, el talento, el genio oculto que, en su ciudad natal, les escamoteaban sus muchos detractores y los advenedizos de ocasión, que nunca faltan.

Con un temperamento como el que se cargaba, cada cual por separado, ¿qué otra cosa podía esperarse? Eso, más que nada, era lo que los unía y, al mismo tiempo, los colocaba en conflicto. Dos egos, grandes y desgastados, como esos buques tanques ya al filo del deshuesadero, de casco imponente aunque de lámina abollada, semejantes a los hidalgos españoles que, en *El buscón*, vestían de capa, sin traer más que la piel desnuda y pringosa debajo. Eran como uña y mugre; más mugre que uña, ha de entenderse.

Un día, por quitame allá estas pajas, se disgustaron. Eduardo, poco después, partió a la capital, a foguearse con su, según él, bien aceitado oficio de escritor. Sabía redactar, corregir, editar y hasta hacer chambritas periodísticas, ah, también traducir. No le avisó a nadie, simplemente tomó las de Villadiego y no volvió a saberse de él. Después de todo, su ciudad natal le había vuelto la espalda. Todo sucedió durante una larga estancia de estudios en el extranjero. Los mediocres, casi todos ellos fuereños quienes se habían hecho con el poder, nunca quisieron beneficiarlo. La suerte del viejo actor

corrió parejas con la suya. Hubo caza de brujas y a él llegaron a prenderlo los del Santo Oficio. Bajo acusación de judaizante, vicioso y bujarrón, cargaron con el cómico. No hubo más obras subvencionadas, compañías de teatro ni siquiera una magra y mal pagada lectura de atril.

Pasaron los años. Transcurrieron casi en forma insensible para el uno, el joven impetuoso, mientras para el otro, el hombre entrado en años, llegó la última parte de la batalla. Al menos, así lo hubiera podido ver alguien ajeno que no conociese de cerca la situación de ambos. El tiempo no perdona a nadie, golpeando por separado a los dos amigos: al uno con el flagelo de los años y al otro con el del tedio.

Llegó un poco tarde, aunque no privado de cierto consuelo, el momento de la reconciliación. Conatos de acercamiento se sucedieron a lo largo de los años, incluso encuentros esporádicos y fugaces, en la calle o en algún café, tanto en la capital como en la exigua ciudad, aunque no pasaban del intercambio de un saludo o una mirada. Cada uno, en forma respectiva, se mantuvo al tanto de las escaramuzas perdidas y ganadas del otro.

Ernesto conocía de las publicaciones de Eduardo, aunque nunca les hubiera hincado el diente. Sus ojos y su mente ya no daban para más. El desdén es siempre miope y olvidadizo. Más difícil, hallándose en la gran urbe, asistir en provincia a las representaciones del actor quien, ante la falta de valientes, se había metido a dirigir y producir sus obras, es decir, no las obras escritas por él —ése fue un pecado que, al menos, no cometió— sino las piezas de grandes autores que montaba, procurando reservar para sí los papeles estelares que, para no desfigurarse más la pinta, acabaron siendo de hombres muy mayores. El público comenzó a tomarle la medida y seguirle la jugada,

convirtiéndose en el paladín de los abuelos y los jubilados; las pocas veces que sus deudos tenían el tiempo de sacarlos. Cuando ya no asistieron, Ernesto ni se inmutó. Con la socarronería característica, se dijo aquello de si la montaña no viene a Mahoma, Mahoma debe ir en pos de ella, llevando sus obras hasta las más recoletas y sencillas casas de reposo. La labor social realizada y el encomio al que se hizo acreedor no conocieron parangón. Trascendió hasta en los diarios de circulación nacional. Así se enteró el escritor de sus andanzas.

El ostracismo, de que fue objeto entre los suyos, Eduardo habría de vivirlo tanto en el plano local como en el nacional. Hay algo llamado coyuntura, no sólo en el mundo del dinero y el progreso material sino también en el arte y las letras. No hallarse en el lugar adecuado ni en el tiempo correcto. Su generación fue brillante, afianzada precisamente durante su ausencia. A su regreso, el precio que debió pagar, por sus estudios, fue alto. Se encontraba en una tierra de nadie, entre su generación y los más jóvenes. En ninguna de las dos halló cobijo. No pasó más que de publicaciones aisladas en unos cuantos diarios y revistas. Un libro en alguna editorial de renombre o un premio de peso jamás pudo obtenerlos.

Pronto lo conocieron y le pusieron las cruces en todos lados. El acervo que traía en su ociosa formación se le fue pasando de tueste. No era el suyo el tono de la época. Algo de artificiosamente impostado y áulico saltaba a cada paso en sus escritos. Con todo, se ganó un lugar en un par de corazones desprevenidos. En secreto era admirado aunque, en público se lo desairaba, sobre todo, con esos estímulos que le recordaban la lluvia en su región, el desierto, así de raros. Y hay quien discuta la influencia de la geografía sobre el temperamento de un autor. Más que temperamento, lo que estaba en juego era su desinflado bolsillo.

Ya con el germen de la podre bien afianzado en su interior, mal comido, desvelado, peor vestido, vino a dar con sus huesos a su patria chica. No esperaba más que su fin. Cuando nadie lo conocía —los más jóvenes ni de nombre y sus coetáneos se hacían los desentendidos— vino el reencuentro.

Estaba sentado, como todas las tardes, en una banca del parque, ese último bastión de verdor en la ciudad, ahora que el agua se había vuelto tan escasa. Cada vez era menos y menos. Muchos árboles habían muerto, aunque un par de nogales, con raíces profundísimas, había logrado mantenerse en pie. De pronto se sentó alguien a su lado. Llevaba bordón y era muy enteco. Apenas reconoció la corpulencia de otro tiempo de “Falstaff”. Vestido con pulcritud aunque sin lujos, en claro contraste con él, ni siquiera tuvo que abrir la boca. El brillo de sus ojos claros, otrora azules entonces grises, lo decía todo: una mezcla de ironía, lástima y algo semejante al cariño, si es que uno de la misma especie puede sentirlo por otro semejante. El caso particular de los artistas parece excluir dicha posibilidad.

Todos los sueños de grandeza, en ambos, se habían vuelto humo. Ernesto lo había sabido antes que él. Los golpes fueron sus mejores maestros. Él lo había tan sólo presentido. La recompensa de sendos afanes fue el trabajo. Nada más. Ahí quedaban los manuscritos del uno, a dormir un sueño imperturbable, hasta que alguien, por azar, los sacara del olvido. Al otro le quedaba el recuerdo en los oídos del batir de las palmas. Había sido dueño y señor de las tablas por muchos años, aunque había terminado aborrecido por sus compañeros. Según ellos, les había escamoteado muchas oportunidades y, cuando había estado en la cúspide, no escatimó esfuerzo para escupir hacia abajo. Lo peor de todo, como le veían

tipo de buena raza, pensaban que no pasaba necesidad como ellos.

También a Eduardo le afectó, al principio, la supuesta fina estampa. Luego se había vuelto lumpen. Sólo que a él no le aprovechó, como en el caso de otros. Ya estaba sentado el precedente. A pesar de su traza de mendigo, siguió pasando por ambicioso y altanero, dos vicios imperdonables para los funcionarios de Cultura. El pez por la boca muere. Había que dejarlo simplemente que realizara sus declaraciones. Estigmatizar a alguien, en realidad, no cuesta nada. Benditas *señales* que, como en el caso de Francisco, se reciben con heroísmo y alegría, aunque nunca dejan de ser una mortificación. Son acaso el signo más elocuente que uno va por buen camino o, al menos, que la estada en el purgatorio no ha de ser tan larga.

Cada quien viene al mundo para cumplir una misión. Mientras menos cosas queden pendientes, más alta es la posibilidad de acceder a un plano supremo. Tanto budistas como cristianos reconocen, en esencia, este principio. Cada uno está aquí para realizar una tarea determinada. A pesar de la mutua y encarnizada censura, los dos compañeros artistas tienen consciencia de ello y dudan de sus obras. Sin el flagelo de la vacilación, sin acercarse al precipicio, no hay riesgo; el arte es eminentemente desafío. Los dos mueren en paz con la vida, con su oficio, aunque nunca con la vana idea de haber logrado todo cuanto se propusieron. Los sueños del verdadero artista son siempre difíciles, si no imposibles, de alcanzar.

Perdida en la inmensidad

Nadie va a averiguarlo. Tú ya no vas a estar ahí. Te marchaste una tarde gris, una de tantas que no se cansan de emularse unas a otras en la ciudad de México. Te dejé en el aeropuerto, si bien a regañadientes. Tus intenciones eran tomar el metro y cambiar no sé cuántas veces. Todo era preferible, dijiste, a tomar un taxi: primero, porque así resultaba más económico y, segundo, más seguro.

Decidiste marcharte así como si nada, sin que hubiera motivo alguno. Alegaste nostalgia y un deseo irrevocable de ver a tu abuela materna. De pronto recordaste que podría morir en cualquier instante. ¿Por qué justo ahora? Tus padres te trajeron pequeña; contaban que ni siquiera podías caminar. Para consternación de los de tu casa, cuando empezaste a hablar, tu acento fue el de la ciudad de México y no el de Santiago.

Eras como cualquier estudiante de la universidad, salvo por el gris de tus ojos, el cabello claro y los rasgos afilados de rostro que delataban tu sangre del Norte. Que la nieta de un oficial alemán, miembro de las SS, quien se había asentado en el Sur con un nombre falso tuviera rasgos finos, era algo que debías agradecer a tu madre.

¿Recuerdas aún cómo te conocí? Llovía a cántaros, diluviaba en el verano canónico de la capital. En los paraderos de Tasqueña ambos esperábamos, agazapados al centro de aquel techo de lámina. Me contaste que tenías 20 años, estudiabas Letras Clásicas, apenas

acababas de comenzar. Te encantaba el latín, sobre todo, Séneca, pues el griego, me confesaste, siempre te resultó ajeno.

El agua se escurre por tus cabellos. Tus ojos brillan. Insistes que son grises. Serán todo lo grises que quieras en Alemania o acaso en Chile; en México son de un azul intenso. Eras tan natural, tan cercana, nada comparable a las compañeras de facultad que, por ser de tez clara, se sentían no sé qué cosa.

En el camión, ante mi parada, te extendo la mano y vienes conmigo. Tus pasos resuenan en la escalera, detrás de los míos, hasta llegar a la azotea, donde queda mi buhardilla. Yo la llamo así para sentirme en París en pleno siglo XIX.

Te ofrezco una toalla. Morosamente secas tus cabellos. Cuando vuelvo de la cocina, te encuentro con la toalla ceñida al cuerpo. No hay cama. La incuria de estudiante ha querido prever una simple yacija.

Te reclinas. Entonces resiento la humedad de mis ropas y también yo trato de despojarme. Me arranco el suéter. Hasta el último botón de la camisa cede ante mis atribulados dedos. Bajo las mantas, tu piel suave y tibia es un verdadero consuelo para mi cuerpo que tiritita.

Me abrazas. Me das calor como una madre. ¿Fui el primero? Era difícil creerlo. ¡Qué importa todo eso ahora! En la memoria permanecerás igual, siempre idéntica a ti misma. La misma escena de la película, repetida en sus más escuetos detalles, vez tras vez, hasta el infinito.

Eso espero. Aunque lo más seguro es que tú, como todos los recuerdos, acabarás por ceder ante la nada voraz, que ahoga esas expresivas minucias, las sensaciones. Querías irte. No hubo manera de detenerte. Mi confesión no hizo mella en ti. Hasta tus padres te

recomendaron prudencia. Nada valió.

El tirano había ganado la seguridad del exilio pero el aparato estatal, por él forjado, seguía en pie. En teoría, podían volver los perseguidos o sus descendientes pero, en la práctica, quién podía saberlo. Querría que me respondieses: ¿Buscabas algo o huías de alguien?

Te rehusaste a escuchar razones. Ibas a un encuentro. Acaso contigo misma. Los ecos de aquel infierno vuelven a mi mente. Están grabados en mí de manera tan indeleble como tu recuerdo. La búsqueda inverosímil a lo largo de la interminable cordillera. Los Andes son uno de los territorios menos explorados sobre la faz de la tierra y uno de los más inhóspitos.

Extensiones inmensas cubiertas por una gruesa manta blanca que atrapa todo lo que cae en ella como una esponja cósmica. El filme lejano con las escenas de canibalismo se me confundía entre el sueño y la vigilia. Sólo el tiempo proclamó tu ausencia.

Tu cuerpo hermoso nunca apareció. Fue pasto de las llamas o de los depredadores o bien terminó en el fondo de un barranco. Quién habría de decirte que no Chile sino Bolivia habría de ser tu destino final.

¡No sé por qué te negaste a ver lo que había dentro de mí!

De *La hora*

— RELATOS, CRÓNICAS Y ENSAYOS (2008-2012) —

Agradecida mascota

Alguna vez espero oír el llamado. Su voz llegará desde lo más profundo de la noche. Es el momento en que habremos de reunirnos para siempre. Así pensaba. Ese pensamiento me ayudaba a seguir adelante. Desde que nos habíamos separado nunca pude volver a ser el mismo. En vano intenté hallar su sombra en otras. Mi suerte había sido trazada por una mano caprichosa, cuyos designios eran inescrutables. Llevaba años buscándola, y nada, hasta ahora. Jamás había logrado dar con ella. Una noche, cuando éramos niños, se presentó de improviso. Estaba frente a la ventana, sus cabellos ondeaban y me pedía que la dejara entrar. Es raro ver a una niña por fuera de un edificio, en particular cuando se vive en el quinto piso. Era de noche y la luna brillaba con una intensidad inusitada. Ni tardo ni perezoso, la dejé pasar. Debía estar aterida de frío pero no, el que temblaba era yo. No sé si por la impresión de mirar esos ojos profundos de pupilas dilatadas –seguro había permanecido mucho tiempo en lo oscuro– o por la ráfaga de aire helado que azotó el postigo de la ventana. Vivíamos en un edificio en la parte antigua de la ciudad, desde ahí podían columbrarse los torreones de la catedral, ahora menguados en su magnificencia por otras construcciones más altas e imponentes. Yo, sin embargo, siempre fui amigo de lo antiguo. Es una costumbre que, creo, heredé de mi abuela. Se me contagió de ella, debido al estrecho trato que

tuvimos mientras vivió. Me gustaba mirar los pináculos de aquella edificación gótica, de la que en ocasiones alcanzaban a recortarse las quiméricas siluetas de las gárgolas.

Su nombre era Eszter y me dijo que vivía en el apartamento contiguo, cuya puerta siempre permanecía sellada. Yo hasta llegué a pensar que debía estar deshabitado, aunque días antes había oído unos rumores extraños, como de alguien que rascara los muros con una punta de metal. En los edificios viejos los crujidos repentinos, provocados por la contracción de los materiales, en especial la madera, eran frecuentes. Así que cuando alcancé a percibir esos rasgueos –y más tarde unos como sollozos– no me asombré más allá de lo habitual. La niña estaba ahí, ataviada en camisón de dormir, jamás había visto sus ojos pero algo en ellos me comunicó que no iba a ser aquella la última vez. Más de 50 años han transcurrido desde que Eszter me dejó y no pierdo la esperanza de volver a verla, aunque sea una última vez que, presiento, ha de marcar sin defecto el final. Recuerdo cada noche que pasamos juntos, pues era exclusivamente de noche cuando me visitaba. El pelo, largo y negro, le caía sin ceñir sobre los albos hombros. Desde el principio me dijo que no era una niña, si bien parecía tener la misma edad que yo, 15 años. Por supuesto, no le creía, di más crédito a mis ojos y a mi suspicacia que algo me insinuaba que Eszter escondía. En realidad, nunca ocultó nada de su ser, al contrario, se mostró tal cual era desde el primer momento, sólo que mis ojos no estaban hechos para discernir su forma. Era una niña, sí, pero en la voz había algo que delataba a una mujer de experiencia. Más que nada era el tono que empleaba y la manera, dulce y firme, en que modulaba la voz. Me dijo que nunca me abandonaría, siempre velaría por mí, aunque yo no la viese más, como justo sucedería

días después. Si alguien me lo solicitara, podría reproducir sin titubear cada una de nuestras conversaciones. Fueron extrañas y difusas, se extendieron por horas hasta muy entrada la noche, pero siempre concluyeron antes de que despuntara el día. Cada noche me ganaba el sueño y, al despertarme, ella se había esfumado. Lo curioso era que la ventana permaneciese cerrada. ¿Por dónde se escabullía? De seguro, franqueando la puerta de mi recámara, recorriendo el pasillo y abriendo, sin hacer el menor ruido, la puerta de la entrada. No existía otra explicación posible.

Una noche, justo la víspera de mi aniversario número 18, simplemente se marchó y no volvió más. Cuántas veces la esperé en vano. Hasta dejaba la ventana entornada. Nunca más se oyó nada en el apartamento de al lado. Su encuentro se desvaneció como un sueño, aunque no nada más. En una de nuestras conferencias nocturnas me entregó un cofrecillo. Era una antigua caja de música, de esas que se abren y dejan escapar las notas de una breve y contundente melodía. Esta caja, sin embargo, tenía la peculiaridad de no tener llave alguna para darle cuerda y la melodía—siendo siempre la misma—jamás se repetía de manera puntual. Era una suerte de canon perpetuo que iba enriqueciéndose con las imitaciones de voces cada vez más numerosas y exaltadas hasta que acababa en un zumbido saturador y luego sobrevení­a el silencio. Intenté, sin conseguirlo, desmontarla pero carecía de pernos o clavos, sólo un suave cojincillo de cuero. Un material peculiar del mismo tono que la piel humana aunque de consistencia más rugosa, como si fuera la estriada piel de una anciana. También la caja un día, precisamente la víspera de mi boda, desapareció sin dejar rastro. Debí haberse perdido en la mudanza, porque nos cambiamos a otro viejo edificio del centro, más modesto que el de mis padres.

Eszter había pasado a ser una figura que, en ocasiones, recreaba en sueños. Siempre tenía la misma edad. Fui yo el que fue envejeciendo.

Tuve hijos, tuve nietos. Todos ahora se han ido. Los que no murieron nunca regresaron de la guerra. Mi mujer también falleció y me quedé solo, aunque no del todo. El recuerdo o, más bien la ilusión, de reconstruir en mi memoria la figura de Eszter me acompañó todas las noches. Creo que únicamente volveré a verla poco antes de la muerte. A mi avanzada edad, temo que ese instante postrero sobrevenga en cualquier momento, si bien privilegio la noche como el marco indispensable de la aparición. Desde hace años he tenido sueños confusos que le han ido forjando a Eszter una existencia con todos sus diarios avatares. Tengo la impresión que en ella –de alguna manera– se halla cifrado el misterio de la vida eterna, en el sentido de la muerte incorrupta. Resulta casi imposible exponer esta paradójica noción pero me he percatado de todo mientras duermo. Mi espíritu flota en el éter y voy en pos de ella. Planeamos por las capas superiores del aire como un par de gaviotas diestras o más bien como dos avezados cuervos. Una cosa me inquieta: puedo reproducir en la mente sus manos, sus hombros estrechos, incluso sus incipientes senos pero jamás su púber sexo. Tengo la vana impresión de haber refocilado con ella varias veces y haber explorado delicias inimaginables. Pero todo esto no es más que un ensueño vago y sensual, bien puede ser que se trate más bien de un producto de mi desordenada fantasía.

A Mariana, mi esposa, nunca le hablé de la otra, la eterna doncella, la virgen perpetua e inmaculada. Más que inmaculada, inaccesible, sellada de patente, desprovista de esos vitales orificios. En mis pesadillas más extremas descubro las partes pudendas de mi amada y no hay nada. Es decir, todo está liso como tienen, en

medio de las piernas, esas muñecas de celuloide con las que juegan las niñas. El eco de sus palabras resuena en mi cabeza: “No soy una niña”. Ni niña ni mujer ni incluso humana. Cada mañana, al despertarme, después de pasar la velada juntos, tenía unas como cosquillas en mi cuello y, en ocasiones, incluso había marcas que, de manera inexplicable, se difuminaban en el transcurso del día. La luz de sol y el aire tibio parecían desvanecerlas. Cuando me casé fui feliz por un tiempo. Mariana me complacía todas las noches y ella poseía un cuerpo perfecto, normal, lleno de tibios recovecos. Hasta el año en que resultó preñada y rechazó por sistema toda suerte de arrumacos. Entonces me vi en la necesidad de dormir varias noches en la biblioteca. Allí había un cómodo diván. Se dispusieron mantas y almohadones. En esa época no vi a Eszter pero tuve sueños, los más extraños que es posible concebir. Remontábamos los aires e íbamos a comarcas ignotas pero siempre había de ser en la noche. Se paraba en tabernas sórdidas, se bebía fuerte y siempre acabábamos entre carcajadas vesánicas, totalmente eufóricos. Puede decirse que se trataba de un extraño teatro de lo oscuro, poblado de los caracteres más amenazadores y, a la vez, más desenfadados y ridículos. Luego Mariana se aliviaba, yo volvía a nuestra recámara a hacerle otra criatura y, por un tiempo, aquellas visiones osadas y variopintas cesaban por completo. Tuvimos cinco hijos, espaciados casi todos uno o dos años. Más tarde mi esposa enfermó gravemente y decidimos dormir en habitaciones separadas. Siempre esperé que aquellas alegres y abigarradas visitaciones volviesen pero nunca más se presentaron. Con todo, yo sentía una mirada vigilante sobre mí, incluso sobre los actos más insignificantes. Como cuando iba al sanitario y creía atisbar el resplandor de una sonrisa, en un destello en el espejo, una boca

sensual de afilados y amarillos dientes. Nada en concreto. Todo, materia de reflexión y deseo. Por más que me esforzaba en atar cabos, en buscar una explicación coherente, no existían pistas concretas. No tenía ni una sola prueba de la existencia de Eszter y, por tanto, debía hacerme a la idea de que mi compañera de sueños no era sino una más de las ficciones que había urdido mi pensamiento. Ella era una imagen de todo lo prohibido (la violencia, la carnicería, la sevicia, la sangre).

Con esta idea he vivido en esta última mitad de mi vida. Todos a mi alrededor han fallecido. Sólo quedo yo, incólume vencedor de la muerte, al menos, hasta ahora. Sé que el momento de la partida no debe estar lejos. Desearía una cosa, nada más, verla por última vez. Los rasgos de su rostro y, no se diga de su cuerpo, han ido empañándose con el correr de los años. Ardo en deseos de averiguar si es real o un puro figmento de mi facultad imaginativa. No puedo quedarme así. Cada noche abro la ventana de par en par, así duermo, con la esperanza de que cuando venga no halle obstáculo alguno. A la mañana siguiente, intento hacer memoria pero nada, mi mente está en blanco. Eso sí, de manera extraña mi sueño siempre es continuo y reparador. Sin duda alguna, poder dormir bien es la causa de haber llegado a tan avanzada edad. Pero no me conformo con permanecer en la ignorancia, en la vacilación, en la duda más atroz acerca de la existencia de Eszter. Qué tal si ella no es más que una proyección de mi propia personalidad, el lado femenino, o asexuado, o simplemente tétrico, que todos tenemos. Pero no, soy demasiado imperfecto para amarme a mí mismo y yo a ella la amo con locura. La amé desde esa noche, cuando tenía 15 años, que la encontré del otro lado de mi ventana. Desde entonces me aferré con fervor a sus palabras y pensé que siempre iba a estar conmigo,

de alguna forma misteriosa, que escapaba a la comprensión. Pero no, Eszter me ha abandonado, como todos. No espero otra cosa sino morir.

Esa noche, después de largo tiempo, volví a la biblioteca y decidí quedarme a pernoctar ahí, tendido en el amplio diván. Estaba demasiado cansado para volver a la recámara. No tenía mantas pero llevaba encima un grueso batón de casa. Dispuse un ampuloso diccionario a manera de almohada y me eché a reposar. Al principio fue difícil conciliar el sueño. Dormir había dejado de ser aquella actividad reparadora y continua del pasado. Padecía un sueño sobresaltado, interrumpido varias veces por ansiedades y sofocos. Por más que me empeñase, había dejado de recordar el contenido de mis sueños. Había algo o alguien que servía de impedimento. Sin saberlo de cierto, lo presentía. Fue entonces cuando volvió Eszter. Regresó investida de un aura de eterna juventud y virginal hermosura. Tenía aquellos 15 años con los que la había conocido. Venía por mí. Ahora podríamos estar juntos, sin ser yo un niño, ni siquiera un hombre o un anciano, sino una *sombra*. Así me convenía más que si ella, de manera egoísta, pensando sólo en su propio deleite, me hubiera hecho como ella, uno más de aquellos malditos miembros de su raza. En fin, no todos son tan desalmados. Eszter no me vio como prosélito ni mucho menos como víctima, sino como amigo o más bien como mascota. Un perrillo o un gato para un humano, ni más ni menos, era lo que yo significaba para ella. Le pregunté si no existía otra opción. Sí la había pero era preferible no pensar en ella. Con el estado de decrepitud en que me hallaba, incluso si por caridad me hubiera convertido en uno de los de su progenie, yo habría tenido innumerables dificultades para desplazarme y conseguir alimento. Esas habilidades sólo puede

adquirirlas un hombre cuando tiene uso pleno de sus facultades, me explicó, que, una vez convertido, excluyen el disfrute de otras ocupaciones más vigorosas.

No había otra solución. Sería la *sombra* de otra sombra, como quien dice. Un ánima cautiva, en ese limbo informal y privado, el ámbito de influencia de Eszter. “De aquí en adelante si me aniquilan, tú habrás de seguir mi suerte, porque es mi mente en el único lugar donde habitarás”. No quise sondear más al respecto. Ésa era la única manera en que nuestro platónico y casto amor podía consumarse. Y con un certero movimiento de su uña –más bien debo decir garra– sobre mi garganta, me ayudó para que diera el paso de uno a otro mundo. Desde entonces no sé si vivo o muero. Más bien sé que estoy muerto pero aún tengo conciencia y me alegro de revolotear al lado de mi ama. Ella colma todos mis anhelos. Me hace subsistir en esta nueva dimensión, me llena de alegría y a veces –siendo una niña inocente– me mueven a risa los lances inesperados con los que atrapa a sus víctimas. Sé que alguna vez le pueden clavar una estaca en medio del pecho, terminar entre las llamas o bien puede sorprenderla el canto del gallo. Eso no debe inquietarme. Ya llevamos una eternidad juntos y jamás ha sucedido. Habrá que ver hasta dónde llegamos. Ahora me parece un sueño mi vida precedente, cada vez se desvanece más y más. Cuántas cosas podemos ser, somos ya sin saberlo, después dejamos de ser, sin siquiera darnos cuenta. La conciencia es más firme que la vida. Existe antes de ella y se prolonga después de su término. Eso he descubierto y, no sé si estoy contento, pero me tranquiliza el sentimiento de aún considerarme yo mismo.

Emasculación imaginada

Desconocemos por entero el futuro, si lo conociéramos, nos abrumaría. Su peso sería tal que resultaría insoportable para cualquier hombro de humano, no así para el de un inmortal. Una antigua saga noruega cuenta que cuando los dioses crearon el mundo no tenían en mente a los hombres, ni siquiera como una remota idea, casi a manera de chiste privado. Hace tiempo perdí la esperanza, creo que nunca va a pasar, mientras más me empeño por reconstruir el momento final, menos consigo olvidar el insoportable presente. Insoportable, no porque no se pueda tolerar, sino porque es demasiado huidizo. No bien algo sucede, se esboza una posible figura, se insinúa una línea de acción, para luego cambiar de repente. Siempre es algo distinto de lo que imaginamos. En ocasiones, las computadoras y el Internet pueden acercar a dos personas distantes o, al menos, provocar esa sensación.

Nos conocimos una noche como tantas en que procuraba aliviar el insomnio abriendo múltiples ventanas de diálogo. Me llamó la atención la leyenda que colocó por debajo de su nick: “Me interesan los hombres mayores”. No sabía si 42 años eran suficientes, para mí 17, que era su edad, bastaban y sobraban. No es el momento para entrar aquí en discusiones sobre la mayoría de edad para el consentimiento sexual. En ciertos países es más alta, en otros más baja, oscilando en las legislaciones más permisivas entre los 14 y

los 16 años. Me pregunté, en la pequeña ciudad de provincias donde se encontraba, cuál sería la edad mínima y no supe; en realidad, es algo que jamás me ha interesado. Si hay gusto e incitación, ¿qué otra señal es necesaria?

Llevamos escribiéndonos casi dos años, de manera que el impedimento legal se ha esfumado. Al principio, la comunicación era esporádica e intermitente. Se presentaban lagunas de semanas y hasta de meses, recuerdo en especial una ocasión en que estuve enfermo, cuando dejamos de comunicarnos por un tiempo tan largo que creí inverosímil retomar el contacto. Pero no fue así. Bastó encender la computadora, meterme en el Messenger, de feliz memoria, y ahí estaba, como si acabáramos de hablar hacía una hora. Con aquella frescura y levedad que le eran habituales e, incluso, cierta disposición que, desde el inicio, me hizo sentir que había algo predestinado. No sé explicar cómo ni por qué causa. Era sólo una extraña y fuerte sensación de que aquel encuentro no tenía nada de fortuito ni voluntario.

Por mi parte puedo decir que durante la convalecencia hubo momentos, escasos es cierto, en que pensé en su suerte y, sobre todo, en su reacción en el caso altamente improbable de volver a encontrarnos. Consideré sentimientos como asombro, disgusto, indiferencia. Nada de eso ocurrió cuando las hebras de nuestros destinos volvieron a trabarse. Ya entonces debí tener una clara premonición de lo que iba a pasar. Mi restringido trato con el mundo externo me conduce a una visión necesariamente parcial de los acontecimientos. Quisiera poseer esa asombrosa capacidad de la imaginación que dicen salta todas las barreras. Mi fantasía es por desgracia limitada, si bien audaz y siempre sedienta de emociones extremas.

Fue menos difícil de lo que imaginábamos discurrir la manera de planear nuestro encuentro. Nos toparíamos en un aeropuerto a medio camino entre su país y el mío. Pasaríamos un par de semanas juntos y después decidiríamos qué hacer a continuación. Procuré, por todos los medios a mi disposición, evitar compromisos y falsas promesas. Tener un encuentro real con alguien que sólo se conoce por la cámara web y el equipo de audio puede resultar una experiencia decepcionante, aunque una buena manera de hallar víctimas, en realidad nunca lo había probado. En esos dos años llegamos a conocernos a fondo, tan profundamente como la distancia y la profundidad de campo de nuestros respectivos equipos lo permitían.

Las discusiones, los malentendidos y las peleas no fueron poco frecuentes. Una vez se empeñó en que viera un video de Lady Gaga, esa cantante pop, a quien por supuesto ya había oído sin saber su nombre. ¿Quién puede no haberla escuchado si frecuenta las discotecas? Me pareció, aunque esperpéntica, una imitación de Madonna, ambas en tanto que dóminas o mujeres fuertes, que saben llevar las riendas e imponer su voluntad pero, sin perder el papel de la tentadora sensual, me recordaban figuras del pasado como Marlene Dietrich o la Garbo. Entonces decidí hacerle oír algunas de las baladas que hicieron famosa a la alemana. Hay una que no sé ni siquiera si es original o más bien una traducción del francés, donde se repite el estribillo “Bitte, gehe nicht fort!”, dicho en todos los tonos concebibles de súplica, seducción velada, imploración vehemente. Jacques Brel, aquel cantautor francés de Bélgica, decía “Ne me quittes pas!” No me dejes, no me abandones, no te alejes, no te marches, por favor. Las oscilaciones en la traducción, desde la versión germana hasta la gala, son virtualmente infinitas.

El efecto fue todo lo contrario de lo que yo me esperaba. La aborreció desde el primer momento. ¡Esa momia, esa bruja, esa puta con su voz de resaca, quién la conocía siquiera! Mi única intención era probar el precedente histórico en el caso de Gaga. Eso era todo lo que me proponía. Acaso la furia animal surgiera al advertir la intención pedagógica. Yo no era nadie para ponerle ejemplos ni mucho menos imponer paradigmas. Esa reacción instintiva y bárbara me gustó. Presentí un alma ruda, sencilla, ingenua pero profundamente orgullosa de sí misma. Un espíritu que había que pulir, si es que tal empresa era asequible. Nadie cambia a otro. Uno se cambia a sí mismo. Ni siquiera eso, creo, uno cambia en ciertas circunstancias. Ése es, al menos, el único hecho que es posible constatar. Bueno, hasta entonces, a mí nadie me había hecho cambiar.

En el avión las ansias eran grandes. ¿Estaría allí, no habría mudado de parecer a último minuto? Algo que había omitido considerar, su esperanza era aún más vehemente que la mía. La relativa inocencia, el ser todavía un animal joven, el ímpetu hacia lo desconocido y el capricho eran motores potentísimos. Habíamos imaginado ese primer encuentro de mil maneras. Una escena cruda se imponía sobre el resto. Se desarrollaba en los baños del mismo aeropuerto. De sólo pensar en ella se me eriza la piel. Claro que siempre se mostró en desacuerdo. Eso no iba a ocurrir así nada más, mucho menos tan rápido, con aquel ritmo vertiginoso que yo quería imprimirle a las cosas.

Yo fui el primero en llegar. Era un aeropuerto tan pequeño que constaba de un solo hangar. Desde aquel pasillo con ventanas uno podía divisar las llegadas y las partidas. Reconocí su rostro desde el instante que asomó por la escotilla. Podía ver cómo el viento le

alborotaba aquel cabello negro y rebelde, que le disgustaba, como otros tantos rasgos de su físico que a mí, francamente, me llenaban de un extraño frenesí. Avanzaba con una mezcla de timidez y resolución, tan extraña y tan coqueta, a un tiempo. La insinuación le resultaba connatural. No podía hacer nada para evitarlo.

Por sugerencia propia, tras estrecharnos las manos y abrazarnos en forma ligera, casi como hacen los hermanos, nos dirigimos al baño. Ahí nos encerramos en uno de los gabinetes. Sus labios sorprendentemente hábiles para ser virginales, como se empeñaba en alegar, sabían hacer maravillas. Yo portaba el arma en la bolsa de la chaqueta. Claro que mis manos alrededor de su cuello harían un mejor trabajo. Pero no tan rápido, quería gozar un poco más de aquella delicia, aquella extraña plegaria silenciosa y húmeda. Sólo, con el rabillo del ojo, pude advertir un extraño resplandor, luego, se apartó y blandió contra mí la espada. Lo arrancó de un solo cuajo. No supe más de mí sino al despertar en aquel precario hospital extranjero. Había tenido un desvanecimiento. No experimenté dolor sino al intentar incorporarme. Antes de que extendiera el brazo y me tocara, una mano suave lo contuvo. “¿Creíste que te iba a dejar incompleto? Sólo fue una cortadita, nada más. Tu revólver acá lo tengo bien guardado. Sigues intacto, amor”.

Mi amor por Portugal

Si uno pudiera vivir todas las existencias avizoradas en sueños, en vigili-
as exaltadas, en fiebres contumaces, en esos instantes inmediatos que suceden o anteceden al éxtasis amorio. Pero no, se trata de momentos huidizos, imposibles de atrapar, de coger con la basta red de la memoria. En efecto, la capacidad retentiva de cada cual, por más grande que parezca, es limitada. Se olvidan cosas que hacen daño pero también cosas que han causado una infinita felicidad, un estado de beatitud, entre terrena y celeste, difícil de definir, fuente inagotable de dichas tan intensas como fugitivas. *Lembrar e esquecer* se dice en portugués. Ahí, y en voces como *no chão, a janela, fechar*, se da uno cuenta que tiene que vérselas con otra expresión, paralela aunque distinta de la nuestra. *Esquecer* es casi una onomatopeya, el sonido mismo de la palabra revela, al menos en parte, su significado. Algo que se halla entre desprendimiento y caída. Así es precisamente el olvido. *Lembrança*, en cambio, suena a lustre, a luminosidad, a luz. Me es difícil rememorar –dar lustre a mi memoria– sobre las circunstancias particulares que me llevaron a Lisboa. Me veo caminando, primero frente a un parque que no acaba nunca, y luego internándome por inhóspitas vías rápidas, donde los autos pasaban zumbando por encima de mi cabeza. Librar un distribuidor vial no es precisamente emprender un periplo alrededor del mundo pero, no sé por qué, pensé en los esforzados navegantes portugueses que tienen su

monumento, como quien dice su actual morada, en la Torre de Belém, ubicada en alguna parte de la Baixa, próxima a la serena superficie del mar, no lejos del célebre Mosteiro dos Jerónimos. Me hallaba al pie de una colina y ascendía cada vez más. El litoral del Atlántico donde se asienta Lisboa está plagado de abruptos cantiles y elevaciones subitáneas del terreno. Yo seguí caminando. De hecho, llevaba un plano de la ciudad en la mano y andaba tras el rastro de una librería.

Había consultado el mapa, en el hotel, y ésa era la librería más grande y, sobre todo, más cercana. Abrigaba ciertas expectativas de encontrarme con un moderno negocio, casi una galería-biblioteca, donde uno puede arrellanarse en una cómoda tumbona y disfrutar unas horas de amena lectura. Y eso sin que necesariamente cueste nada porque, al final, puede adquirirse algo o bien no hacerlo. Yo compré, recuerdo, *lembro-me*, dos libros, una *Breve gramática do português contemporâneo* de Celso Cunha y Lindley Cintra, y un magro y hermoso tomo de las *Obras completas* de Fernando Pessoa, Edições Ática. Adquirí, con un Pegaso que despliega sus alas en la portada, *Poemas* de Alberto Caeiro. Más tarde iba a darme cuenta de que, para iniciar el estudio de la lengua portuguesa, no existe mejor lectura. De todos los heterónimos de Fernando Pessoa, Alberto Caeiro es el menos complejo y más sustancial. La retórica cede ante la metafísica. El resultado es el portugués más acendrado y más simple que es posible concebir. Desde esa tarde, que se había vuelto noche, comencé a rumiar el delgado volumen. Sus 118 páginas me han acompañado hasta ahora. Vuelvo a él, y no a la *Metafísica* de Aristóteles ni mucho menos *El ser y el tiempo* de Heidegger, cuando pretendo entender el sentido de la existencia. Es la esencial y agreste filosofía con la que me quedo, la de “O

guardador de rebanhos”, la del pastor en una Arcadia quintaesencial y lusitana. Salí de la librería complacido pero ansioso. El tráfico de la calle –era la hora en que todos vuelven de sus faenas– era insoportable. Lisboa es una ciudad caótica, donde florece la delincuencia. Sigiloso caminé por las calles que me llevarían de regreso al hotel, no sin dar una hojeada a los libros y descubrir con gusto que, como tantas cosas en Portugal, eran reliquias del pasado, hechos siguiendo la antigua composición de tipos, encuadrados en rústica.

Al llegar a la recepción, los ojos de una empleada, que ya había visto, se posaron sobre mí. No pude evitar, mientras me daba la llave, advertir que llevaba unos papeles bajo el brazo y se había echado el bolso al hombro. Supe de inmediato que su turno estaba a punto de concluir. Yo no tenía nada que hacer esa noche. No quería cenar ni en el hotel ni solo. Se me hizo fácil proponerle ir por ahí a beber algo. Antes, desde luego, tenía que subir a mi habitación para dejar los libros y recoger mi chaqueta. Ella sonrió, entre penosa y reconfortada. Había estado esperando esa invitación desde días atrás pero nunca había llegado. Se llamaba Amália, por Amália Rodrigues, la cantante, *a fadista*, le pregunté y respondió que sí, sonriendo. En mi incipiente portugués yo, y ella en inglés, intentábamos hacernos cumplidos recíprocos y divertirnos un poco. No muy articuladamente, como se entenderá pero, al menos, moviéndonos a risa mutua a cada instante.

¿Dónde encaminar los pasos? Alfama surgió como una posibilidad entre otras. No tomaríamos ningún taxi, como era su deseo, recorreríamos media ciudad, a pie, para conocerla. A poco andar, llegamos a la Praça da Liberdade. Ahí en una banca, que mucho nos costó encontrar vacía, nos sentamos. No sé si a

conversar o sólo a sonreír y suspirar. Bien poco era lo que daba el idioma; tanto su inglés como mi portugués eran sumamente restringidos. La gente pasaba sin cesar. Lisboa está llena de todo tipo de gentes. Árabes, africanos, hasta brasileños. En un determinado momento fue tal la confusión de lenguas que le pedí que ella hablara solamente en portugués pero articulando bien, con lentitud, y yo en español. El resultado fue admirable, podíamos entender casi todo y, lo que no, lo explicábamos con otras palabras, con gestos o bien el contexto acudía en nuestro auxilio. Las empinadas y angostas callejas de Alfama se vacían de turistas tan pronto como se acaba la luz. Una atmósfera íntima y vagamente amenazadora reemplazó el ajeteo y el cabrillar del sol sobre la superficie calcárea de los muros de sillar y las aceras. Aún funcionaba el teleférico pero nosotros preferimos dar vueltas y vueltas, en esa espiral, que indefectiblemente conduce a la cúspide. Por el camino íbamos de broma en broma, *brincando*, como se dice en portugués.

En el rellano de una puerta o de una ventana, en esas antiguas casas árabes no es simple distinguir unas de otras, estaba acurrucada una figura con el embozo alto. Se mantenía en cuclillas y con la cabeza gacha. Parecía una de esas abuelas mediterráneas, sempiternamente ataviadas de negro, por el luto que guardan por el marido, el hijo, el hermano o incluso el padre. Mi abuela era una de ellas. No alzaba la cabeza. Estaba como adormilada. Preferimos no molestarla y continuar nuestro recorrido. No se trataba de un *déjà vu* ni mucho menos. Había visto todo aquello antes, en *Lisbon Story* (Wim Wenders, 1994). A mi cabeza llegaban, lejanos, los ecos de la guitarra de fado y la voz de Teresa Salgueiro. Se parecía mucho a ella, la recepcionista del hotel, con aquel vestido azul

marino sin mangas, sostenido por tirantes, lucía como una colegiala crecrida y apetitosa. Pelo negro, boca encarnada, tez pálida, voz templada y acariciante. Me sentí realmente privilegiado de hallarme en su compañía. Pensé por un momento en Francisco Cervantes (1938-2005), aquel arcaizante poeta mexicano enamorado de la tradición galaicoportuguesa. Sus cenizas, había leído en alguna parte, las habían vertido en el Tajo, *o Tejo, Tagus* en latín. “E a cidade, / chamam-lhe Lisboa / mas é só o rio / que é verdade”, dice la letra de una canción. Y la ciudad le dicen Lisboa pero es sólo el río que es verdad. Ni siquiera se deja verter bien. Casi español, casi entrañable para muchos mexicanos, e hispanoamericanos en general, no solamente el maestro Cervantes y la argentina mexicana Sandra Lorenzano en su libro *Saudades* sino tantos otros, tal vez vástagos de judíos portugueses, como en mi caso o, quién sabe.

Amália da Piedade, que así era su nombre completo, se empeñó en que nos detuviésemos a beber chocolate en uno de aquellos tradicionales cafés, tipo “A Brasileira” y demás, decorados con azulejos de color azul y blanco, ese azul de la cerámica de Delft, que conocen los pintores. Ella era hija única y mantenía a su padre lisiado, un viejo pescador. Las redes, al levantarlas la grúa de la barca, le habían cercenado una pierna. Sin pensión, con una indemnización irrisoria por parte del Estado, Amália era su único sustento. Triste historia, pensé. Tenía que volver a casa ya, para darle de cenar al padre. Me propuso acompañarla, si no tenía nada mejor que hacer. Respondí que me encantaría pero, no sin antes ganar el alcázar y contemplar la vista, desde ahí y de noche. Ya había visitado las ruinas pero no siendo noche cerrada, como era entonces. Amália dijo que quizá no nos dejarían penetrar hasta el interior pero, si lo que quería era tener una panorámica de la ciudad,

para eso, no existía dificultad alguna. Era gentil y recia a un tiempo, como son las mujeres portuguesas, siempre dignas, como madres que conducen a sus criaturas, *as crianças*, los niños y las niñas, sin determinación de género, como *Kinder* en alemán.

Ascendimos lentamente, por veredas distintas, pero bajamos por donde mismo, con la intención de ver si la vieja continuaba en el rellano. Por más que buscamos, no había ahí vestigios de ella ni de aquella casa. De hecho ahí, donde creímos ver a la extraña mujer, no había nada. Eran sólo ruinas. Seguramente había sido una casa pero ahora sólo quedaban los cimientos. Quizá en otra calleja, por otra vereda. Cubrimos todas las rutas posibles y nada. Aquello había sido la aparición de *uma bruxa ou uma meiga*, ¿qué cosa? Jamás lo averiguaríamos. Cansados llegamos a su casa, un lugar en el centro, no muy distante de donde nos hallábamos, una de esas calles con pendiente acusada, para variar. Ella traía llave. No hubo necesidad siquiera de llamar.

Había sardinas frescas para la cena. Nadie las prepara como los portugueses. Quedaron verdaderamente exquisitas. *Exquisito*, por cierto, es rebuscado, raro, artificioso, incluso repugnante, en portugués. Sospecho que es la connotación que ha adquirido de reciente, no sé si sólo en el portugués de Brasil, donde se escribe *esquisito*, con la simplificación de la ortografía. Eso, ahora recuerdo, me lo contó una amiga carioca negra pero debió ser mucho tiempo después. Tras varios vasos de suave *vibno verde*, el mundo se vuelve un lugar habitable, más acogedor y colorido. “O senhor José” se recogió pronto, después de la cena, entonces me quedé solo con la hija. Ella me enseñó a amar la cultura portuguesa. Hasta hoy no la cambiaría por ninguna otra. Hemos cruzado el Atlántico. Ahora vivimos en San Cristóbal de las Casas, donde tenemos un

restaurante de cocina internacional, claro, con un marcado acento mediterráneo, siempre que puedan conseguirse los ingredientes. Existen vasos comunicantes insospechados entre ambas culturas. Sólo la diaria convivencia y el aprendizaje continuo de la lengua pueden exponerlos, hacerlos expresos, sacarlos a la superficie.

Mi amor por Portugal data de aquellos años de nuestro encuentro y ha crecido con el tiempo. Su padre acaba de morir, hace poco. Vivía con nosotros. Nuestros dos hijos, Fátima y José, hablan un portugués perfecto con las eses sibilantes y todo. A mí, siempre se me notará que soy extranjero. Se ríen mucho, cuando estamos en Lisboa, y comienzo a hablar. Entiendo todo y me entienden, eso es lo único que cuenta. Aunque si de existencias posibles se trata, me habría gustado no sólo ser portugués sino griego, magiar, chino o maya, pueblos civilizadores, originarios, insuperables.

Parásito hermano

Nicolás siempre estuvo ahí. Llegó antes de que yo viniera al mundo y se quedará después de que yo me haya ido. Nicolás es sencillamente mi otro yo. Lo mejor y lo peor de mí puede atribuírsele con justeza. La primera vez que advertí su presencia fue como a los cuatro años. Me miraba en el espejo y era yo y no era yo. El reflejo hacía todo lo que hacía yo pero había una mueca de risa en su boca. ¿Se estaba burlando de mí? Así era. Más tarde, en un sueño, me revelaría su secreto: él correspondía a la segunda parte de mi nombre, a mi segundo nombre, porque llevo dos, Diego Nicolás. Algunos piensan que los ángeles de la guarda existen, a mí ni me bautizaron pero yo sé que está Nicolás. Ignoro si es un ángel o un demonio, porque puede actuar para bien o para mal, según le plazca. Yo no lo controlo. Más bien es él quien me controla a mí. Cuando chico me hacía comer y comer. Era yo un niño rollizo y rozagante, envidia de las mamás de mis compañeritos y aún no mofa de algunos de ellos, como llegaría a ser después. Comía por dos, por Nicolás y por Diego. El otro pretendía apoderarse de todos mi juguetes, por eso me encerraba a jugar solo en la caseta de troncos que me habían levantado en el jardín. Ahí pasaba las horas con mis muñecos de felpa, mis trenecitos de baterías y mis autos de comando a distancia. Creo que de grande podré trabajar en un museo o, de menos, en un almacén. Me gustan mucho las cosas viejas y, sobre todo, las

personas mayores, unos y otros guardan una estrecha relación con la vida. Me agrada el contacto con la gente. Ése del museo sería un trabajo demasiado solitario. Yo no sé estar solo porque, tan pronto como se va la gente, aparece él. Es tan odioso, siempre está acechando el menor descuido para susurrarme promesas, inmundas o bienaventuradas, conforme al tenor de su ánimo. Yo le tengo miedo, si he de decir la verdad. No sé, a veces me parece que me empuja a cometer actos innombrables y mezquinos.

Otras veces, sin embargo, me parece que no está ahí, que ya se ha marchado. Por temporadas enteras sus visitas cesan. Entonces puedo soñar y recordar mis sueños. No está Nicolás para apoderarse de ellos. Tengo la impresión de que no he crecido. Los años han pasado, mi cuerpo ha cambiado, tengo otros apetitos que antes no tenía pero, por dentro, muy dentro de mí, continúo siendo niño. En breve llegaré a la mayoría de edad e iré a la universidad. Siento que mi vida está a punto de sufrir un cambio radical y, no sé, si es para mejor o para peor. Tengo confianza en la vida y en mamá. Ella es la única persona que tengo. Bueno, también está el que dicen que es mi padre, aunque lo veo muy poco. Está molesto porque la hija que tuvo, en su otro matrimonio, resultó preñada y pronto va a ser abuelo. De seguro el que le hizo el hijo a mi media hermana, mayor que yo, no ha querido hacerle frente a la responsabilidad. Así sucede con muchos hombres. ¡Qué bueno que no soy mujer, además nunca he querido tener hijos! Los hijos pueden ser muy desgraciados, sentirse demasiado solos cuando no tienen un hermanillo ni siquiera un gemelo invisible para los demás. Por eso, cuando Nicolás se aleja, yo me lleno de congoja. Ha estado siempre conmigo. Consulto con él todos mis asuntos. Si él no aprueba algo, yo no lo hago. Es más prudente que yo y siempre sabe qué hacer.

Hace tiempo que me abandonó, como mi infancia y mi gordura, si bien yo me niego a aceptarlo. Pienso que un día va a regresar.

Nicolás vuelve pero sólo en sueños. Cuando me quedo mirando fijo en el espejo sé que está ahí. Todos mis méritos, en realidad, son suyos y también todos mis defectos. A veces soy muy duro con mamá. Yo fui su único hijo. Me tuvo ya grande, cerca de los 40. Siempre ha trabajado para sostenerme y trata de darme todo lo que le pido. Sería un sueño ser rico y tener muchas cosas. Yo creo que los ricos siempre son felices. No hay nada o hay muy pocas cosas que turben su felicidad. Cuando pienso en la cantidad de horas que tiene que trabajar mi mamá, me da pena. Llega todas las noches extenuada a casa. No tiene un trabajo pesado pero sí tedioso. Es florista o, más bien, atiende una florería ajena. Si ella fuera la dueña, otro gallo nos cantaría pero es una simple empleada y yo un niño muy solo, sobre todo ahora que, no sé, dónde se escondió Nicolás. Siento que se oculta en lo más profundo de mi ser, en una zona que apenas puedo llegar a rozar con la imaginación. Siempre he tenido problemas para imaginarme cosas. En la escuela, cuando nos encargaban una composición literaria siempre quedaba mal. Por mis bajas notas, mi mamá tuvo que sacarme del colegio de paga donde me tenía, porque ya iba a repetir año. Me cuesta mucho trabajo concentrarme, mantener la atención en una sola cosa. Por eso no me gusta estar solo, me aburro mucho. Me intriga ver qué hacen los demás, estar de broma con mis amigas. ¡Qué curioso nunca he tenido amigos, lo que se dice buenos amigos! Las mujeres son más divertidas y, en el fondo, siento que las entiendo mejor. Será porque crecí al lado de mamá y las tías sintiendo sus emociones, compartiendo sus sueños, sufriendo sus congojas.

Me niego a crecer, ser independiente, trabajar, hacer mi vida, sino más bien deseo encontrar a alguien que se haga cargo de mí. Busco en el fondo la figura de ese padre ausente. Quiero que él me enseñe a ser fuerte, a triunfar en la vida. He buscado algo así desde la edad de 14 años y parece que ahora, por fin, lo he hallado. Mamá no sabe, ni que se entere. Se llevaría la impresión de su vida. Estoy seguro de que, si averiguara, me echaría de casa y no sabría a quién acudir. Primero necesito asegurar bien una cosa para dejar la otra. Pero no hay nada seguro. Y eso me tiene así, en una zozobra constante. Ya ni en sueños dejo de pensar en el otro y no me refiero a Nicolás. A él no le simpatiza Ramón. Dice que puede hacerme mucho daño, pues me quiere llevar lejos. Lejos de mi país, de mamá y de las amigas entre las que he crecido. Yo quiero hacer mi vida y no quiero. A menudo ni yo mismo entiendo lo que, en realidad, deseo. Anhele llevar un vacío, un agujero negro en mi corazón, que todo lo absorba reduciéndolo a antimateria. Al menos, nos explicaron en la escuela, eso es lo que hacen los agujeros negros. Son diminutos pero voraces. Acaban con todo lo que hallan a su paso. Como Nicolás también va a la escuela conmigo, oye todo y luego me lo refresca. A veces es él quien me sopla las respuestas en los exámenes. Si paso es de milagro porque, la verdad, nunca estudio. Repasar es para los imbéciles o para aquellos que les gusta sufrir.

A Ramón lo conocí por Internet. El último regalo de mamá fue una laptop. Desde hace un año me la paso navegando todas las tardes. Puede decirse que me he vuelto un viejo lobo de mar. No es que sea un hacker ni mucho menos pero conozco muchos trucos, los he ido aprendiendo sobre la marcha, yo solo, nadie me ha enseñado. ¡Bah, esto no es nuevo en mi generación, todos los de mi edad lo hacen! Pero a él, a veces, lo dejo pasmado. Cada palabra

difícil que usa conmigo la googleo y trato de volverla en su contra. Soy bueno en eso. Nicolás siempre está conmigo en esos momentos. Él es quien, en realidad, actúa, no soy yo. Sé que, si les contara esto a mis amigas, pensarían que estoy loco y, tal vez, hasta se alejarían de mí. Al único que le he hablado de Nicolás es a Ramón, incluso una noche llegó a conocerlo. Diego estaba demasiado triste y melancólico para seguir charlando, el gemelo tuvo que entrar al quite y lo hizo bien. Con serenidad y dominio de sí mismo, cosa que causó muy buena impresión en Ramón. Él no se esperaba esa madurez de Diego. Nicolás le aclaró que no era Diego. Luego pidió volver a hablar con Diego y éste, lloroso, se puso ante la cámara web. Habían discutido por cualquier tontería, más tarde habrían de sucederse revelaciones inquietantes. Todo me ha ayudado a soportarlo Nicolás. No sé qué haría sin él. Me consuela, me aconseja y me instruye. Ya tenemos un plan.

No quiero revelar mucho acerca de los pormenores. He entendido que escribir es un ejercicio traicionero. Cualquiera puede sustraer nuestros textos de los ordenadores, todos enlazados en la red mundial. Cada día surgen más crackers. Pergeño estas notas a mano y no quiero que Nicolás se entere de que estoy a punto de contar el secreto. Se lo tomaría a mal y se rehusaría a continuar auxiliándome. Lo conozco. No le gusta que nadie escrute sus designios. Dice que ésa es la mejor manera de neutralizarlos. Yo de eso entiendo poco; para algo lo tengo a él. Él me guía. Me dicta lo que tengo que hacer y jamás se equivoca. Cuando una vez papá quiso regresar con nosotros, él me dijo qué hacer para alejarlo. Mi padre nunca me da dinero ni me trae nada que valga la pena, más bien quisiera vivir a costa de mamá. En ocasiones pienso que, en lo

vago, salí a él. Nicolás lo odia. Dice que no es su padre ni el mío. Yo le digo que se equivoca. ¿Por qué mamá habría de decir mentiras? Además, con él y sin él, yo no siento que tenga padre. Así que, cuando se vino a vivir con nosotros, le hice la vida imposible para que desistiera. Como vivimos en la casa de los abuelos, varias tías y tíos viven ahí. Los puse a todos en su contra. Al final no le quedó otra más que marcharse por donde había llegado, tan tranquilo, sin hacer escándalo. Ya mamá me había reducido el dinero que me daba para gastar en la escuela, según esto por ayudarlo a él. Los rivales nunca me han gustado.

Nicolás siempre se las ingenia para decirme qué hacer. Ya me aconsejó que si lo que quiero es irme al extranjero con ese señor, no se me ocurra contarle de él a mamá y, mucho menos, decirle que tiene 45 años y está enfermo. Le daría un síncope o algo peor. Tengo que inventar que me quiero ir a cursar estudios en el exterior. Lo malo es que no vive en un país más avanzado que el nuestro sino, si se quiere, todo lo contrario. Mamá va a decirme que no necesito salir del país para estudiar y que, además, eso sale caro. Su paciencia y su bolsa deben tener un límite. Siento que me estoy acercando. Yo simplemente quisiera tenerlo todo, a él, a mamá, estar allá, estar aquí, ser rico y, sobre todo, tener un cuerpo más agraciado. Bueno, con cirugía todo se puede, pero Ramón me quiere tal cual soy, no todo cirugiado. Ya me lo ha dicho en varias ocasiones. Hay muchas cosas de él que no entiendo. Por ejemplo, ¿por qué no puede venir acá en vez de ser yo el que tenga que viajar para allá? Jamás he salido de casa, mucho menos abordado un avión. No creo tener el arrojo francamente para hacer eso. Nicolás dice que sí lo tengo. Tengo eso y más, me repite. Yo no le creo. Ya otras veces me ha engañado. Ésta no sería la primera. Si las cosas no

salen bien, puedo siempre devolverme. Tengo que ser cuidadoso con mamá y dejar las puertas abiertas.

El problema es él. Ramón no es sólo una persona mayor, que padece de una enfermedad crónica, de la que de seguro va a morir, sino que es de un carácter altamente neurótico. A veces está muy bien, ni parece que tiene nada pero, de repente, se pone de mal humor y comienza con su pesimismo. Es difícil culparlo. Hay que ponerse en su situación. No es nada fácil. Todavía tiene a su anciana madre. Si ella no estuviera viva, la herencia, si queda alguna, sería para mí, pero se ve que goza de buena salud la señora y va a tardar en despedirse. Eso si yo no la ayudo un poco, al igual que a él. Les haría en realidad un favor, pero tengo miedo de ir preso y más, en el extranjero, donde no conozco las leyes. Tuve, hace tiempo, otra posibilidad de emigrar, un país con posibilidades aunque el señor tenía 67 años, con exmujer e hijos. Me contaba que era político pero busqué en Internet y no encontré el nombre en los periódicos. Después de un tiempo, ante tanta insistencia, decidí romper ese lazo. Me dio mala espina. Todavía ocasionalmente recibo correos suyos o mensajes de texto. Ni los leo, porque una cosa que tengo es que sé ser fiel. Una vez que elegí una víctima, no descanso hasta ver coronado mi propósito. Hasta ahora todo se ha quedado en esas fantasías horrendas que me susurra al oído Nicolás. Él es sabio y experimentado. Ya ha hecho cosas así.

No sé qué hacer. Últimamente he adelgazado mucho, casi no como, duermo mal. Tengo marcadas tendencias anoréxicas y sufro de sangrados en mis evacuaciones, casi siempre ando estreñado. Cuando estoy frente al lavabo en el baño, Nicolás se me queda viendo fijo en el espejo. Toda esa nostalgia y sed de aventuras fuertes trasmina por cada uno de sus poros. Es algo que puedo oler y hasta

relamerme en los labios. ¡Pobre Ramón, la que se le espera con él! Él cree que tiene el control pero se halla por entero en nuestras redes. Ya lo convencí hasta para que me mande para el pasaje. Puedo aprovechar el dinero en eso o bien, con él, comprarme una iPad que vi el otro día en una tienda del centro y que me gustó. Cambiaría mis cuentas de correo. Él no tendría cómo rastrearne. Fui lo bastante precavido como para no declarar algo demasiado comprometedor. Él fue quien me hizo tantas confidencias que poco le faltó para revelarme el nip de su cuenta de banco. ¡Tan tonto tampoco iba a ser! Una manera de matar más efectiva y menos comprometedora es cortar todo vínculo con él, así de repente, sin decir agua va, borrar cada detalle de la memoria e intentar conocer una víctima más ventajosa. Nicolás dice que no soy un niño cualquiera. ¡Siempre nos hemos cotizado alto, él y yo!

Todo es ya pretérito

Escribir, puede decirse, también se vuelve una manía, una pasión desordenada, un frenesí que resulta imposible controlar. Entonces sucede que se comienza más a vivir en el papel que en la realidad. Me refiero a la realidad exterior, porque lo escrito, a condición de ser coherente consigo mismo, tiene su propia suerte de realidad. Es difícil renunciar al mundo para concentrarse en el propio yo, evocar recuerdos latentes, soñar con los ojos abiertos y realizar asociaciones libres por medio de la fantasía. Eso es la escritura, un sustituto de la vida y un linimento para el dolor. ¿Qué dolor? Nada menos y nada más, que el que engendra la infinita angustia de moverse en un horizonte de posibilidades limitadas, donde cada elección trae consigo innumerables renunciaciones. ¿Quién iba a decir que el mejor remedio para el mal kierkegaardiano fuese la ficción! Un mundo donde sólo ciertas posibilidades entran, son efectivas y se definen de antemano.

Si alguien me pidiera que hiciese la crónica imaginaria de este día, diría que me espera un gran placer. El encuentro con un cuerpo joven, lleno de vida, aunque también una especie de esponja que absorberá mis menguadas energías. Debo ser precavido y decididamente renunciar a tales despliegues gimnásticos. Existen riesgos de varios tipos y la edad no es el menor de ellos. Apenas rebasa los 18 años, eso si no ha mentido. Si bien, frente a una indagación judicial, resultaría difícil demostrarlo. Creo que ha

obviado hacerse expedir una identificación. No queda otro medio que recurrir al soborno y eso, en estos tiempos que corren de necesidad, puede resultar bastante oneroso. Ya conoce dónde vivo, podríamos encontrarnos en la santidad de mi domicilio pero el mal reside en que no estoy solo. Hay gente ahora. Parientes celosos, fiscales acérrimos de nuestras vidas.

Tendríamos que entretenernos, esperar a que se hiciera de noche y deslizarnos de incógnito en mi cuarto. Aunque lo que va a costar el taxi hasta donde vive no va a ser menos que el alquiler del cuarto de hotel. Por cualquier lado que se lo mire, es difícil si bien, no imposible. Lo mejor sería acaso que ninguno de los dos acudiese a la cita o sólo uno. Quisiera ser yo precisamente el que se presentara y a quien dejasen plantado. Me gusta jugar el caballeroso papel de la víctima y, al mismo tiempo, sentirme la parte fuerte. Resulta complicado referir cómo es posible conciliar ambas cosas. Supongo que, como tantas ideas, son monsergas del pasado que, a duras penas, se sostienen hoy día.

Optaré por lo mejor, postergar la decisión hasta el preciso momento en que llegue la hora. Ni un minuto antes ni uno después. ¡Para qué inquietarse desde vísperas! Se presentan tan pocas oportunidades de gozar de un fruto prohibido. Tampoco deseo despertar en la memoria el recuerdo de su piel o su boca. No podría resistirlo. ¡Esperaré, de manera estoica, hasta que llegue la hora!

Decidí, al final, dormir una siesta después del almuerzo, no sin haber programado antes el despertador, ni siquiera hubo necesidad de que sonara. Poco antes me desperecé de un sueño que apenas debió prolongarse más allá de la hora. Me levanté, reuní una serie de implementos indispensables para la refriega, los metí en una mochila que siempre cargo y salí media hora antes de la cita para

no llegar tarde. A pesar de mis esfuerzos, el reloj de la catedral marcaba cinco minutos después de la hora convenida cuando llegué. Era una jornada primaveral con un sol que mordía y el viento seco casi frío. Me recargué sobre el muro, en la arcada de una tienda, a guarecerme de la resolana y esperar. A los pocos segundos de haberme colocado en esa cómoda posición y, cuando hurgaba dentro de la mochila en busca del libro de ensayos críticos que estoy terminando, vi aproximarse la silueta desgarbada de un hombre. Sin alzar la mirada pensé que era un mendigo, me erguí un poco, estaba a punto de hacerme a un lado cuando habló.

En efecto conocía esa mirada, aunque no en un cuerpo tan maltrecho ni desaliñado. Era un antiguo compañero de trabajo. Él mismo tuvo que aclarármelo. Habían pasado 10 años, aunque bien hubieran podido ser 20, sin que nos hubiésemos topado. En realidad, la laguna en mi mente se debía al hecho de que aquel hombre había entrado a trabajar justo en el período en que yo había tenido a bien presentar mi dimisión, ante las incumplidas promesas de un aumento de salario. Su rostro, ansioso y envejecido en forma prematura, me trajo el recuerdo amargo de aquel instituto de idiomas regentado por mercenarios y auxiliares administrativos. El peor augurio para esa tarde, me pareció. Toda la dicha que me esperaba se me diluyó en esa mirada sin reposo y esa vocecilla inquisidora.

Dio el cuarto y hasta la media en el viejo reloj, allá arriba en el torreón y, nadie se apersonó. Con los ojos peinaba de un extremo al otro la calle esperando la subitánea aparición de un momento a otro. No quería fundirme con la muchedumbre amorfa, gris, estando en compañía de aquel individuo, temía que me viera y se retirase al instante. Extraje mi billetera. Los ojos de mi interlocutor se hicieron más grandes. Por un momento tuve miedo no tanto de que

intentara arrebátarmela sino que me pidiese prestado. Ya para entonces, de manera preventiva, había empezado a referir el rosario de mis sinsabores y desventuras, donde se hacía patente mi rencor contra el mundo. ¿Qué buscaba yo en la billetera? Un papel plegado con un número. Quería hacer una llamada. De inmediato le pregunté a mi interlocutor cuántas monedas era menester para marcar a un teléfono móvil. Me respondió cualquier cosa. No tenía la menor idea, opiné. El aparato de inmediato se tragó las monedas, mucho más que el supuesto importe, sólo para oír la contestadora automática. Ya para entonces aquel roto se había despedido.

Más tarde volvería a verlo saliendo de una frutería. Lo curioso era que no llevaba nada bajo el brazo. Quizá fue ahí a pedir trabajo, pensé. Con esa camisa y esa cara sin afeitar difícilmente iba a conseguirlo. Con todo dejé que pasara una hora, incluso le regalé 15 minutos más. Me sentía particularmente generoso aquel día. Nada. Cuando iba por la calle, en dirección hacia el parque, recordé que aquel papel doblado en dos pliegos lo había desgarrado por la mitad. Del bolsillo de mi chaqueta volví a sacar el papel, lo rompí en mil pedazos y lancé las briznas al viento, las cuales fueron a caer en un charco que había en la acera. ¡No me arrepiento! Fue la medida más efectiva para no sentirme tentado de nueva cuenta a oír su voz, con ese tonito disimulado y gazmoño. No puedo decir que no recuerde su rostro pero, al menos hoy, trato de olvidarlo; ayer, en cambio, intentaba reconstruirlo sin éxito. ¿Cómo pude uno acostarse con alguien, incluso varias veces, y no recordar siquiera los rasgos de su cara? El ritmo al que se vive hoy es demasiado veloz, vertiginoso, no bien digerimos una vivencia y todo es ya pretérito.

Aquí la literatura no tuvo que inventar nada, la simple crónica la nutre y complementa. Hoy, al volver sobre lo escrito, me doy cuenta de que no aclara nada, no es premonición de nada, refleja más bien ese decrepito personaje que soy yo, que acabó en una función gratuita de cine infantil. Una película sobre vikingos y dragones. No estaba solo, al final los inmortales proveyeron y me enviaron cierta compañía, quizá no la más *sancta*, pero sí una que no me costó ni la entrada al cine y que me hizo una furtiva y algo incómoda felación en los baños. Así fue. Luego con calma terminamos de ver la película, muy buena por cierto, a causa de la consumada y conmovedora mímica de los muñequitos, salimos a la calle y nos despedimos tan civilmente como nos habíamos conocido dos horas antes. Puede decirse que fue una tranquila tarde de domingo. Ya al volver a casa y, después de la cena, comenzaron los problemas con el estómago. De un tiempo a esta parte padezco de una pésima digestión.

En realidad, los primeros síntomas de un intestino irritable comenzaron a manifestarse desde mis más tiernos años. Recuerdo que de niño varias comilonas me costaron noches de insomnio. Ahora con la edad y, sobre todo, con otros achaques, todo se ha agravado. Me deprime, y no poco, comprobar, cada día, la susceptibilidad creciente de mi estómago. Siento, para hablar claro, que es el principio del fin. Algo tan nimio, podrían pensar muchos, entre ellos no pocos médicos, pero ahí reside la raíz de todo. Cuando uno está bien no valora el tesoro que entraña poder digerir. Desde luego, el malestar de tripas no impidió que me consagrara a mis devociones nocturnas, dirigidas a Onán, consiguiendo, no sin esfuerzo, una abundante y límpida efusión.

De *Los mensajeros*

— RELATOS (2005-2015) —

La mujer en el parque

Uno nunca sabe cuál ha de ser su última obra. Esta frase es válida en una variedad de mundos posibles, si bien el mundo de hoy día vuelve el sentido más apremiante, incluso, diríase perentorio. La tarde de ayer salí a dar un paseo. Nada fuera de lo habitual. Mis planes consistían en terminar la introducción de un libro de Jan de Vos sobre la selva lacandona. Era temprano, así que tenía luz para rato. Me acomodé, lo mejor que pude, en una banca de hierro forjado, procurando evitar todas las molestas aristas. Dos días antes, con cierta emoción, había dado inicio a la lectura del primer libro que ha venido a caer en mis manos de este preclaro historiador neerlandés, para más señas flamenco, cuyo patronímico significa *the fox* en inglés o *der Fuchs* en alemán, es decir zorro, y cuyo nombre de pila era Juan (digo era porque murió hace tiempo). El libro, al parecer, es una recopilación de testimonios de distintas personas, desde propietarios de fincas hasta naturales de la zona, ignoro si auténticos caribes o lacandones, o más bien tzeltales o ch'oles, quienes más tarde resultarían desplazados por los primeros, a raíz de los diversos decretos gubernamentales que los reconocen como auténticos moradores y legítimos propietarios de aquellos apartados lugares. Incluso entrevistas con luchadores sociales, en conexión con la Universidad de Chapingo, que representa la ilustración a la vez que la lucha armada, aparecen en alguna parte del libro. Son

cerca de 10 opiniones dispares. La introducción expone de manera sucinta el contenido del libro para, más tarde, engolfarse en una serie de precisiones históricas y de datos, que incluyen hasta cuadros sinópticos y estadísticas, los cuales no disimulan la formación en las ciencias sociales, particularmente en la antropología, con la que cuenta el autor.

Mi interés personal se desprende de un hecho, si se quiere fortuito; en alguno de mis viajes a San Cristóbal de las Casas, tuve la fugaz impresión de ver de lejos a Jan de Vos quien, por temporadas, residía en esa enigmática y hermosa localidad de Chiapas. Tengo la vaga memoria de que existe un centro de estudios antropológicos, donde él debió de sentirse casi en su elemento, porque es claro que él se veía a sí mismo más bien como historiador. Me debatía justamente ante estos datos de naturaleza dura, contenidos en la parte final de la introducción, cuando me percaté de la presencia de una anciana, de aspecto singular, algo harapiento y con una expresión de rostro que difícilmente puede olvidarse. Entre líneas, quiero decir oscilando con la mirada entre el texto y la presencia que tenía delante, un tanto retadora, por no decir que entrañaba cierta amenaza de algún tipo, me quedó clara una cosa: me había pertrechado en una de las escasas bancas que disfrutaba de abundante sombra. Ocupaba un lugar codiciado en aquel parque y no era mi meta defender mi posición a toda costa. No sin cierta reticencia, advertí que aquella extraña mujer se sentó a mi lado. La escasa concentración en la lectura acabó por disiparse. Con todo, seguí con la mirada fija en las páginas. Me pareció oír entonces balbucir, casi farfullar, algunas palabras.

El primer juicio, desde cierta distancia, era que aquella anciana no se hallaba en perfecta posesión de sus facultades mentales.

Atisbos someros, más bien pudorosos, del rostro que tenía al lado me hacían sospechar, por la rigidez de los gestos, algo singular. Luego me interpeló preguntándome por un banco cercano, además abierto a aquella hora. ¿Qué podía buscar aquella mujer en un banco? Es algo que a mí, por lo menos, no me resultaba para nada transparente. El primer impulso fue atribuir su pregunta a cierta ausencia mental, objetivos poco claros. Había interrumpido, en forma definitiva, la lectura y, no sólo a causa del inesperado encuentro, sino por una variedad de factores que, en parte, ya han sido bosquejados y en parte, incluso a mí mismo, no me resulta fácil explicar. Sólo veía y así fue, por el largo rato que se extendería nuestra singular entrevista, un solo ángulo de la cara. Un hecho resultaba manifiesto, aquella mujer exhibía una deformidad física, común a las personas que sufren quemaduras severas en la piel. Cierta tipo de cirugía reconstructiva debía haber tenido lugar. ¿Cuándo sería eso? Era un pormenor que escapaba a mis facultades de dirimir. Lo más simple es siempre lo mejor. Le pregunté, sin más preámbulo, la causa de la quemadura.

Una lámpara de gasolina le había explotado en la cara y parte de su cuerpo se había encendido en llamas. Ni el esposo, que se hallaba al lado, había podido apagarla a tiempo, valiéndose de unas simples mantas que había por ahí. Despachaban un puesto de tacos dorados y la lámpara había comenzado a fallar. El puesto, a causa de la presencia de las mantas, no debía quedar lejos de la vivienda que ocupaban, juzgué entonces. El accidente había ocurrido en un pasado remoto, cuando ella contaba con escasos 20 años. Apenas estaba en cinta de su primera criatura. El único hijo que tuvo y que, casi de milagro, no perdió. Un año entero debió permanecer en el hospital, donde los injertos que le realizaban no prendían. Casi

siempre se infectaban. Por poco le consumen los muslos para tomar la piel que era menester. Querían seguir con la carne de sus posaderas pero ella naturalmente se rehusó. Hasta la capital fue a dar, justo al Hospital General. El relato pintaba, con colores nítidos y casi dolorosos, el triste panorama de encontrarse en un sanatorio. Los comentarios acerca de la psicología de los médicos eran sobrecogedores. Hay algunos que no le hacían daño al curarla y otros, en cambio, más que manos parecían tener garras. El tiempo de su primer alumbramiento coincidió con su estadía en el sanatorio. Las monjas la transfirieron a la maternidad. Ahí se comía mejor, sin distinción de clases sociales. Los médicos a veces no entienden que, además del tratamiento, la asepsia y la buena alimentación son cruciales para el completo restablecimiento del enfermo, aseveró la mujer. El médico que le hacía los injertos no quiso seguirla tratando en la sección de maternidad. Un hecho que no implicaba otra cosa que subir o bajar un piso en el mismo edificio pero, siempre hay que contar con las susceptibilidades y los orgullos profesionales. Al comparar la atención recibida en un hospital de provincia con otro de la capital, la cantidad y la calidad de la comida resultaban muy superiores en la gran urbe.

Éstos, entre otros, eran sus recuerdos. El hijo había sobrevivido y lo veía de vez en cuando. Es claro que siempre se había buscado la vida por sí sola. La brega de todos los días, en apariencia, ha sido la misma desde que comenzara la historia humana. Me pregunto y, lo hago en serio, si todo tiene un propósito, si existe un punto de llegada al final del pasillo. Cuando la existencia golpea a alguien, de manera brutal, no hay mucho tiempo para responder, sólo para hacer frente a la embestida. Algo dejó aquella extraña conversación que tuve que interrumpir a fin de cambiar de aires, pues sentía que me asfixiaba.

Aun el día de hoy ignoro el significado profundo de aquel encuentro. Considero que algo inefable ocurrió entonces. El lenguaje simplemente no alcanza para ofrecer una justificación. Me pregunto si la forma, que se vale del estilo indirecto en vez de referir las propias palabras del personaje, no podría reflejar, de una manera algo más fidedigna, el momento. Al final, llego a la conclusión de que se trata de un detalle sin importancia. Para bien o para mal, en mi propia obra poco cuentan las formas. Quiero decir, si fuera un autor celebrado serían relevantes pero, como éste está lejos de ser el caso, da lo mismo qué forma elija. Puedo tener la certeza de que, de uno u otro modo, mis escritos no verán la luz o no lo harán, en forma de un corpus coherente, sino más bien como piezas sueltas en publicaciones periódicas, las únicas instancias hasta ahora interesadas en sacar parte de mi trabajo. He llegado a pensar que el problema con publicar un libro y el trato con las editoriales tiene raíces muy profundas que, desde luego, rebasan mi caso personal.

Ante los editores, los agentes y los publicistas en general un escritor está tan desvalido como aquella mujer que había sufrido serias quemaduras ante una cuadrilla de médicos, los dioses de blanco como, con grave sorna, se dice en alemán, *Götter in Weiß*. Uno de los problemas de las sociedades capitalistas, posindustriales y globalifílicas, es el caracterizado como consenso, aceptación de los colegas y la academia, el llamado *Main Stream*, que no es más que otro de los mecanismos del todopoderoso aparato de Propaganda para mantener bajo control lo que debe salir a la luz y lo que debe mantenerse oculto. Que todo, al final, venga a reducirse a política, no entendida en relación con la *polis*, la república o el bien común, sino como la lucha despiadada –amoral– por el poder,

es lamentable. Estamos tan desvalidos todos como esa señora ante el ejército de médicos y enfermeras, trabajadoras sociales y personal de rehabilitación. Quizá oír de viva voz el crudo relato de su historia, en cierto momento, se volvió insoportable, pues mi propia frustración se vio reflejada ahí. No lo sé, aventuro tan sólo este supuesto preliminar.

La última sesión

El frío era inverosímil. Si ligeramente por encima o debajo de cero era difícil precisar. Los pasos veloces crujen sobre el asfalto de la vieja carretera. Alguna vez el camino principal debió pasar por ahí hasta que construyeron aquel terraplén elevado sobre el que circulaban los vehículos cuyo estrépito se perdía por encima de su cabeza. En el trayecto no había tenido tiempo de pensar en la clase. Había viajado toda la noche y necesitaba dormir. No siempre había sido así. Cuando empezó el seminario, procuraba tomar el autobús de día para planear los ejercicios pero, la poca respuesta suscitada, había ido matando el entusiasmo.

Una llanura interminable, cubierta por el matorral, se extendía ante su mirada. “No hay frío más terrible que el del desierto”, una frase leída o quizá pronunciada por alguien que cobraba realidad. El viento apenas acariciaba el cenizo y la hoja sen. Era el vaho que salía de la tierra, un gas como congelado que se le untaba en la cara y provocaba que la ropa se le embarrase en el cuerpo. Unos minutos antes se hallaba cómodamente en el asiento. Un reloj interno le avisó que estaba a escasos metros de su destino. Se desprezó al instante. Tuvo el tiempo justo de incorporarse y echarse el abrigo. Luego recorrió el angosto pasillo del autobús, rozando sin querer partes del cuerpo de los demás viajeros: ahí un codo, allí un hombro, más allá una cabeza. Todos estaban modorros, con las cortinas corridas.

El chofer se había negado a dejarlo a mitad de camino. Era absurdo porfiar con aquel hombre. Después de todo, tenía el tiempo justo para ir hasta la ciudad, desandar el camino recorrido e incluso así llegar a tiempo a la universidad. Resignado, también sereno, volvió a su lugar. Cuando pensaba en el dinero extra que costaría tomar un taxi, percibió que el conductor reducía la velocidad. Sin perder más tiempo, se acercó a la puerta. Aquella mole rodante se detuvo dejándolo en medio de la nada. Se preguntó el objeto de construir una plataforma de lanzamiento para cohetes de aquellas dimensiones.

Una figura cruzó el camino. Era una liebre. A pesar de aquel olor a aceite quemado, se encontraba en el seno de la naturaleza. El matorral, porque aquello no era propiamente un desierto, rebosaba de vida. Asoció un olor a un recuerdo: el tufo del carbón con la gélida claridad de la aurora. ¿Hacía cuánto tiempo que no presenciaba un amanecer? Y menos en medio del páramo. Había olvidado cuán intensa puede ser la vida. Hasta dejó de sentir frío por un instante. Toda la vegetación se manchó de rosa. El paisaje renacía. La opresión en sus sienes se esfumó.

El sol comenzaba a sentirse. Efectivamente no estaba en Dresde sino en el noreste de México, a escasos metros de la frontera americana. Una vibración en el aire, algo que resultaba indefinible, traía ese otro tufo inodoro de los Estados Unidos. Pensó de pronto en su amigo Eckhard Roßmann, en la extinta República Democrática Alemana, en el Weißer Hirsch, el gamo blanco, esa otrora exclusiva colina donde habitaban en una quinta, compartida con otras familias, claro está, los padres de su amigo. ¿Qué habrá sido de ellos, de todos los *Ossi*?

La rampa hace una curva, tiene una forma sinuosa y se empeña en esconder lo que tiene dentro. Los pasos caen con un ritmo

acelerado. Sus orejas ateridas lo impelen a seguir adelante. “Por ahí no se aventuran ni las liebres”, piensa. A esa hora se pregunta si habrá alguien en la universidad. Seguramente el guardia de la puerta. Vías de tren. Ésa es la razón. Por debajo pasa el ferrocarril. Vagamente todo comienza a tener sentido: Dresde y su aroma, ese olor que escupen las estufas de carbón que tienen los alemanes en sus casas. “¿Por qué aquí no se calientan con piedras?”

Carbón mineral era lo que alimentaba los hornos de la termoeléctrica en Piedras Negras. Aún recordaba cómo Ekchard abría la estrecha puerta de la estufa, removía con cuidado, casi con cariño, en sus adentros y comenzaba a hacer un fuego lento con papeles, pedazos de cartón, tiras de madera, hasta echar los troncos que formarían la brasa, único medio de encender aquellos peñascos de forma ovalada. Todo llevaba tiempo y una vez consumido el carbón, recordaba, el calor se disipaba pronto.

No sin temor se dispone a traspasar el túnel. No por breve le resulta menos ominoso. Dentro puede haber cualquier cosa, hasta los horrores de la Stasi. Los ojos de Horst Roßmann quieren desorbitarse. De nada valen las súplicas de su mujer y de su hijo. Las palabras pronunciadas en una taberna por un vecino irreflexivo tenían el valor de testimonio jurado.

El interrogatorio es largo en aquel edificio de color amarillo, sede de la Seguridad del Estado. Se estremece al pensar que todos los días de su visita el tranvía pasaba por enfrente. Tras semanas de pesquisas y sesiones de tortura escrupulosa —era importante no dejar huellas— sueltan a Horst. Puede llamarse afortunado. No era la primera ocasión; había escapado del Ejército Rojo cuando, al replegarse tras ganar la guerra, arrastró a Siberia a cuanto alemán se topó en el camino.

Había sido en las cercanías de Meißner, ciudad famosa por la manufactura de porcelana. Divinidades del algo empolvado panteón germánico, dos viejas hermanas lo habían escondido en el lugar menos sospechoso de una granja, la fosa séptica. Ahí había debido permanecer mientras aquellos soldados de ojos asiáticos peinaban la propiedad.

Había sido un verdadero *nemiec*, aún recordaba las escasas palabras aprendidas en el lecho de una polaca. *Nemiec*, le explicaron, era alemán y significa algo así como el que no habla. Horst se mostró agradecido hasta el agotamiento. Si no hubiera sido por la sana comida de la campiña, quién sabe si ni los rusos ni Siberia sino aquel par de almas caritativas lo habrían dejado como “esqueleto que camina”.

Mientras tanto, sus pasos lo han conducido hasta esa oscura galería. De arriba sólo llega un rumor lejano producido por las pesadas ruedas de los vehículos. Mira a su alrededor y lo único que encuentra son los restos de una hoguera. Alguien pretendió quitarse el frío justo en aquel lugar. Trabajadores ferroviarios o algún prófugo de la ley.

La cercanía con los Estados Unidos y las drogas plantean tantos desarrollos posibles. No tiene tiempo ni interés de perseguirlos todos. Hay otras consideraciones más apremiantes. ¿Asistirá alguien a su seminario? Ciertamente el material que él ha tenido a bien aportar es impecable. No habría estructurado de otro modo su curso, si lo hubiera dado en otra parte.

Hay un perro negro frente a la cabina del guardia que lo amedrenta. Y no es que sea supersticioso. Al final se sigue de largo. De cualquier manera, la barrera de la entrada está puesta y, al interior del estacionamiento, no se ve vehículo alguno. Sus pasos lo

encaminan a un caserío más adelante. En vano busca un teléfono para recordarles. No quiere dejar nada al azar.

Tiene hambre. La fonda de los camioneros aún no abre. Sus pasos lo devuelven a la universidad. El sol va en franco ascenso. Casi como un milagro –puede sentir los grados de temperatura en su piel– comienza a disiparse el frío. ¿Pero por qué siempre sus miedos? El mundo es un lugar inestable, cambiante, azaroso. La oscuridad del túnel, las mazmorras de la Stasi, la contaminación del aire por el carbón y, sobre todo, ese vacío que roe por dentro su alma.

Ya no hay frío. Ha podido traspasar la barrera de la universidad. El perro era manso y hasta le ha meneado el rabo. Ahora todo ha pasado. En el confortable calor de la biblioteca está sentado a una mesa con sus alumnas, al menos, llegaron dos. El largo trayecto en autobús valió la pena. Su seminario tiene sentido. No en balde se han puesto, ellas y él, a hacer este ejercicio de escritura. En casi todos los intentos, por prestar demasiada atención al tono, la trama se ha diluido. No está claro cuál es el *conflicto* en los textos.

“No importa”, dice a las azoradas asistentes, molestas por levantarse temprano y, además, en su día de descanso. Era la última sesión. Podía decir eso y más. Podía leerles su texto y oír el de ellas. Podía hacer muchas cosas o no tantas. Podía hablarles de la verdadera sed de confesión. Aunque para qué inquietarlas, cuando se estaba tan bien, ahí dentro, reunidos todos alrededor de aquella mesa.

El misterio de la luz

Sera imbarlumida, tal fossàl
a cres l'aga, na fèmina plena
a ciamina pal ciamp.

Jo ti recuardi, Narcis, ti vèvis il colòur
da la sera, quand li ciampanis
a sùnin di muàrt.

PASOLINI

Estaba durmiendo. Reposaba con esa quietud cadavérica que un día, no muy lejano, iba a quedarse con ella. Era poco después de mediodía. El sol embravecido, tras unas cuantas jornadas de lluvia, volvía la atmósfera del cuarto, de por sí poco ventilado, aún más opresiva. Pasó de prisa, sólo se detuvo un momento en el umbral, el tiempo justo para lanzar una mirada a aquel rostro femenino, abotargado y hierático.

Se sentía exhausto. El sueño atrasado de la noche anterior se le echó encima, como el abrazo de un tigre cargando en él todo su peso. Había llegado con las primeras horas. La luna era una transparencia en el horizonte de la mañana, casi tan irreal como el flaco placer que, con trabajos, le había arrancado a la vida. El tropel de juerguistas, no pocos entre tumbos, seguía enfilando el camino a casa. No experimentaba pesadumbre, sí pesar, por las palabras llenas de amargura y reproche que le lanzaría. ¿De dónde ese empeño suyo de esperarlo levantada?

Él no era su marido ni siquiera su compañero, sólo un dependiente, un apéndice extirpado con vida propia. Un tumor también, un engendro de la naturaleza con caracteres heredados y otros inexplicablemente adquiridos a punta de mucho esfuerzo y malas compañías. Como los conejos hembras, o las ratas, más valía haber devorado al híbrido, demasiado débil, en apariencia, pero con aquellos ojos enormes y rasgados, abiertos acaso desde el útero con un brillo perspicaz, entre sabio y mezquino.

La noche alguna vez fue joven, incluso niña. Cuando salió de casa aún había luz. El sol del verano da para rato, se dijo entonces. Quería hacer las horas pequeñas. Traficar, deambular, andar por ahí, no solo sino en compañía de alguien. Por extraña coincidencia, se había topado con un posible interlocutor. Había matado el tiempo monologando de todo y de nada, intentando desentrañar el sentido de la vida. Movi6 la lengua hasta que la voz se le torn6 opaca, vacilante, casi un murmullo.

Despu6s, en la alta noche, se abismaron en aquel bar. Un local clandestino en una peque1a ciudad de provincias. La entrada costaba una bicoca e incluía, adem6s, una bebida. Dud6. Hizo que su acompa1ante se parara varias veces, con el pretexto de sumar fuerzas para el camino. ¿Qu6 sentido tenía desvelarse a1n m6s? El otro, sin decirlo, lo instaba a seguir. El obst6culo no era el dinero sino la fatiga mental no tanto f6sica. Adem6s, era luna llena y eso ejercía un influjo.

Ya dentro, las mismas caras, las acostumbradas actitudes, una obra de teatro vista en su enésima representaci6n. Podía sentir que aquella noche no iba a traerle nada. No era Narciso, como en el poema, en realidad, jam6s lo había sido. Siempre tuvo dificultades para atraer las miradas j6venes, alguna vez de su misma edad. Estaba

hecho a la parte del lobo. Era él quien elegía a la víctima. Los ojos poseen un magnetismo. Basta mentalizar, concentrarse, cuando se tienen las energías necesarias, para que se opere un pequeño milagro. Intento tras intento, aquella noche todo fue en balde.

Una salida fácil era la ropa. Iba vestido demasiado *casual*, le había hecho la observación el otro. Una sudadera roja, con la capucha colgando y letras azules, algo borrosas, aplicadas sobre la tela. La típica indumentaria en una de las tantas universidades del mundo anglosajón. Bebió la cerveza, comprendida en el cóver, con lentitud y voluptuosidad a un tiempo. Era el único placer que le traería aquella madrugada. En unas pocas horas iba a comenzar a clarear, aquel local se vaciaría y llegaría el momento de partir.

Su conocido encontró pronto compañía. En aquel rincón se perdió en unos brazos. Un amasijo de cuerpos que, por un momento, pretendieron acallar sus soledades. Él no encontró esos ojos sino otros, invitantes, acogedores, aunque no los que buscaba. En un momento una ola enorme, literalmente un tsunami, se alzó en su interior. El drama de la edad, la escasez de fondos, lo esquivo de la fortuna se volvió una masa informe, homogénea, ingente. Su destino era mirar a otros hacer sin obtener nada, salvo esa visión excelsa del pensador que contempla las cosas sin inmiscuirse – para bien o para mal– desde el buen recaudo de un otero.

Llegó la hora, comenzaron a echar a los parroquianos. La vocería de los pájaros, tras aquella música ensordecidora sumada a la falta de sueño, no tiene un efecto placentero. Más que sonidos, todo se vuelve un barullo confuso, inquietante, como el zumbido del despertador en la mañana tras un sueño intranquilo. Vagamente surge el recuerdo indiferenciado de otras noches. Piensa en varias caras, varias bocas, varias piernas. Todas las partes zurcidas crean

un portento de rara belleza. La vida es un instante, un mero estado de ánimo, una sensación: sentirse el único hombre dichoso sobre la faz de la tierra.

Alcanza a ver esos ojos que, una noche en un bar, no de su pequeña ciudad sino de una metrópolis cercana, le sonrieron como dos pozos de luz y, a la vez, de sombra. Dos ojos antiguos, como dibujados en un ánfora griega, donde había tanto de pasión y de tristeza. Fue feliz; fueron felices; así quiere pensar. Quizá, aún podían serlo. Sacarle un poco más de savia a la vida, hacerla manar a borbotones. Ahora se siente débil hasta para el anhelo. En su alma la lumbre se extingue con lentitud. Fue sólo un rescoldo, un conato de sentimiento, un pretérito empecinado que no se resuelve, por completo, al silencio.

Soldados que vuelven rendidos de una batalla, si bien con vida, los conmlitones aporrean las calles con el mismo rumbo. Sucede que son vecinos. En el camino, al pasar por el Parque, se tumban sobre una banca. Aunque con las manos vacías, el espectáculo de la luz matinal no deja de maravillarlo. Todos los seres cambian de color. Se vuelven tan lozanos y tan vivos. Incluso los árboles, los setos, los prados exhiben otras tonalidades. Los infinitos matices del verde. Recuerda las iglesias que dejaron atrás, al cruzar el centro histórico. Los muros de sillar estaban transfigurados. Eran los mismos de siempre, aunque en ellos se mostraba el ser en esplendor. Todo está contenido en la luz.

“Tarde vislumbrada, el agua sube por la acequia, una mujer en cinta camina por el campo. Te recuerdo, Narciso, tenías el color de la noche cuando las campanas llaman a muerto”. Por un momento vuelven los versos en friulano que, antes de salir, oyó recitar al autor. Voz vibrante, conmovida, sobria. La luz, la noche, el campo, las

campanas y la muerte. La vida está en esas cosas, en esa nostalgia. Sus ojos antiguos siguen con él. Su luz lo acompaña, a pesar de haberse extinguido la vida.

El otro está totalmente a oscuras sobre sus cavilaciones. No parece conmovido en lo más mínimo sólo exhausto. Su mente se halla en otra parte, acaso en aquel rincón estrecho y lleno de olores. Aún tenía el regusto en la boca, comentó por el camino. No sabe si envidiarlo. El espectáculo de la naturaleza, el misterio de la luz, no parece dar tregua al pensamiento. De repente se siente capaz de emprender grandes cosas, de encarar cualquier reto, de recibir con paciencia hasta las reconvenciones femeninas. Todo, se dice, con tal de seguir vivos, de ser parte de este Universo que palpita.

Índice

Liminar 9

De *La otra orilla*.

Cuentos (1994-2004)

Leve como el viento 19

Recuerdo latente 23

Práctica preparatoria 31

El viaje 33

En las manos de Dominika 39

La ciudad y la tarde 47

Me dicen Lola 49

El niño en la arena 55

Deber filial 59

El pobrecito de Asís 63

Perdida en la inmensidad 71

De *La hora*.

Relatos, crónicas y ensayos (2008-2012)

Agradecida mascota 77

Emasculación imaginada 85

Mi amor por Portugal 91

Parásito hermano 99

Todo es ya pretérito 107

De *Los mensajeros*.

Relatos (2005-2015)

La mujer en el parque 115

La última sesión 121

El misterio de la luz 127

La ciudad y la tarde

Septiembre de 2019

Editado por la Coordinación Editorial
de la Secretaría de Cultura de Coahuila
y por el Consejo Editorial del Estado
e impresa en los Talleres Gráficos

Profr. Arturo Berrueto González
Se utilizó tipografía Adobe Caslon Pro

El tiraje fue de 500 ejemplares

